

LECTURAS

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
DIARIOS, PERIÓDICOS
REVISTAS, CHILINAS



Nº 17

HONORIO

QUE SU NIÑO LEA

todos los
Sábados

mamita

LA GRAN
REVISTA
INFANTIL

CON CUENTOS, HISTORIETAS, POESIAS, CANTOS, ADIVINANZAS, PAGINAS PARA ARMAR, CONCURSOS DE COLORIDO, ETC.

TODOS ESPLENDIDAMENTE ILUSTRADOS

PRECIO 40 Centavos

RADIO LETRAS

C. E. 78 — 785 Kilociclos

TELEFONO 65066 — ESTACION DE PRIMERA CATEGORIA

LONGITUD DE ONDA 382 METROS

- 12.30 a 13 horas.—Concierto ofrecido por «Radio Letras»
13. a 13.15 horas.—Concierto ofrecido por «EMPRESA LETRAS».
13.15 a 13.30 horas.—Concierto ofrecido por Fábricas Unidas Americanas de Sombreros 21 de Mayo 707, frente a Rosas. (Donde golpea el monito),
21 a 21.15 horas.—Concierto ofrecido por la Reina de las Medias, Ahumada 360
21.15 a 21.45 horas.—Concierto ofrecido por «Empresa Letras», Huérfanos 1041,
21.45 a 22 horas.—Fábricas Unidas Americanas de Sombreros. 21 de Mayo 707,
22. a 22.15 horas.—Concierto ofrecido por los Productos «Chela».
22.15 a 22.30 horas.—Concierto ofrecido por la Zapatería A. B. C, Delicias esquina de San Antonio
22.30 a 22.45 horas.—Concierto de la Cia. de Seguros «LA REINA».
22.45 a 23.30 horas.—Programa de la Estación.

Los Domingos concierto extraordinario ofrecido por «Empresa Letras» de 15 a 17 horas.

Si le agradan los discos que se tocan en nuestra Estación, adquiéralos en la CASA FAUST, Delicias 737, Santiago

EL PIANO QUE NUESTRA ESTACION TIENE ES STENWAY DE CONCIERTO ADQUIRIDO EN LA CASA BECKER, AHUMADA 113

AÑO I

NUM. 17

Santiago, abril 13 de 1933.

EMPRESA LETRAS

Letras



PROXIMO NUMERO:



1933, AÑO DE LA ANGUSTIA

por

MAURICE DEKOBRA



ERA TAN LINDO

Cuento por

FERNANDO SANTIVAN



¿EN ESTA HORA DE CRISIS,
EL MUNDO DEBE SER DI-
LAPIDADOR O AHORRATIVO?

por

ROSA ARCINIEGA



¿CUAL ES SU PROBLEMA?

Tenemos para leer

CUENTOS:

EL AGITADOR, por Jacobo Danke.— LA ROSA DE LA JUDERIA, por Israel Zangwil (continuación).— UN CASO DE CONCIENCIA, por Rafael Morales y Romero.— LA HUAJCHA, por Froilán Miranda N.

NOVELA:

AQUI NO SUCEDE NADA, por A. J. Cronin (III parte).

ARTICULOS:

SIGNIFICADO DE LA REVOLUCION PARA LA MUJER EN RUSIA.— LA JAULA DE LAS CINCO MIL FIERAS, por Maurice Dekobra.— SYBILLE BINDER, por Luis Thomas.— ¿FUE JUDAS UN TRAIADOR?, por Hugo Pozo.

POESIAS:

ARBOL VIEJO, por Aldo Torres Púa.— POEMA, por Rodrigo Rodríguez.

VARIEDADES:

EL EVANGELIO DE SAN MATEO.— II ANIVERSARIO DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA.— CRONICAS DE SEMANA SANTA.— POEMAS.— LEYENDO PARA EL LECTOR.— CINEMA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA

APARECE LOS JUEVES

Subscripciones: Anual (52 N.ºs), \$ 43

Semestral (26 N.ºs), \$ 23

Trimestral (13 N.ºs), \$ 12

Editada por

«EMPRESA LETRAS»

Huérfanos 1041 -:- Casilla 3327 -:- Teléfono 82028

SANTIAGO DE CHILE

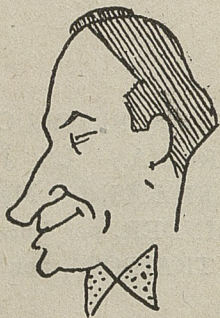
DIRECTORA: AMANDA LABARCA H.

SECRETARIO DE REDACCION: LUIS E. DELANO

Algunos de los que escriben en este número

MAURICE DEKOBRA:

Maurice Dekobra está muy alejado de aquellos escritores que buscan en lo trascendental la fuente de su inspiración. Nadie menos que él adopta para escribir esta seriedad; nadie desprecia más los problemas sociales, económicos, políticos, para abordar el problema humano, en un tono que semeja no estarlo haciendo. Se entrega a escribir con entera libertad, con gracia, con picardía, con humorismo. Relata li-



MAURICE DEKOBRA

vianamente y así consigue lo que muchas veces no alcanzan los escritores doctos y trascendentales: la condición que le permite que el buen lector se devore sus libros, los goce, los lea de un tirón.

Así son sus novelas «La Madona de los coches cama», «La góndola de las quimeras», «Las detectivescas aventuras de un repórter», «Llamas de terciopelo», etc. Esa es la significación que adquieren dentro de la novela francesa.

Por otra parte, es Maurice Dekobra un gran periodista, un repórter de tomo y lomo. Viaja, se pasea por Estados Unidos, visita los sitios más pintorescos y característicos y más tarde los describe en interesantes crónicas, que publican simultáneamente muchos diarios y revistas de Europa.

Así han nacido sus crónicas norteamericanas, una de las cuales, la que se refiere al Presidio de Sing-Sing, el más famoso de

los Estados Unidos, publicamos en este número, en la seguridad de que los lectores sabrán apreciar el mágico estilo de Dekobra y aquilatar el interés de los temas a que se refiere.



FROILAN MIRANDA NIETO:

El autor del cuento «La Huajcha» que publicamos en este número, es un escritor peruano de valía. Su nombre no se pronuncia sólo en las fronteras de la tierra de los incas, sino que en América y en España, donde su labor es bastante conocida y apreciada.

Su característica, como se verá, es el campo peruano, la sierra, los personajes rudos de las chozas y de los caminos. Es en fin, lo que Perú puede presentar de pintoresco y de novelesco. Miranda Nieto sabe hacer de cada uno de sus cuentos una obra maestra de emoción, gracia y colorido.



ALDO TORRES PUA:

Nuestra Sección Poética de este número contiene hoy versos de un poeta cuya firma acaso resulte desconocida para muchos de nuestros lectores. Aldo Torres Púa.

Es muy joven. Su obra se reduce a un manojito de versos publicados en revistas y en un breve tomo, denominado «Imágenes silvestres», que comentamos en la sección respectiva de uno de los números anteriores. Pero son versos que anuncian a un poeta libre, con mucho de propio, de original, con mucho de varonil, a un poeta que abandona los retorcimientos del amor y prefiere entregarse a cantar la belleza de la tierra en que vive, la inquietud de los viajes que lo acosa, y otros temas.

«Lecturas» se complace en presentar a su vasto público a Aldo Torres, como un nuevo valor de la lírica nuestra.

EL CUENTO NACIONAL

EL AGITADOR

POR

JACOBO DANKE

(Dibujos de Rodríguez)

CUANDO el temporal amenazaba destruir la casa, él se sentaba a leer ante la miserable luz de la lámpara. ¡Qué agradable es leer mientras el aguacero da de cabezazos en las calaminas! (En un rincón, meciéndose en los vaivenes del sueño, el trémulo cuerpecito de su hija; al lado de la niña, la mujer respira dificultosamente, amordazada por el asma). Hacía muchos años que observaba la misma conducta: en el día, trabajar como bestia; por la noche, enfrentarse a las páginas amarillentas de algún libro. En cualquiera época, en cualquiera estación.

Un golpecito breve hizo crujir las tablas de la puerta.

—Anselmo... tengo que ir a comprar y no me atrevo con esta lluvia. El paraguas...

Se levantó y escudriñó los alrededores—. ¿Dónde te escondes, maldito?— La curva empuñadura del paraguas surgía entre unos trastos inservibles, detrás de unos cajones desven- cados.

—Aquí está, Polimnia.

Polimnia era una mujer joven. Era hermana de la que dormía allí, junto a la chiquilla. Mientras se acercaba a coger el paraguas, él la contempló beatíficamente. Debía haberse casado con ella y no con Andrea, decía- se cada vez que la veía. Pero el destino no quiso que sucediera así.

—Deja que vaya en tu lugar. Hace un tiempo de los mil demonios...

—No. Tú estás ocupado. En cambio yo...

Sin embargo, fueron los dos. Al salir los tomó una

racha endiablada y los envolvió en una manta de agua. El huracán gemía en los árboles del regimiento y a través de los hilos telefónicos. Al fondo, con una furia satánica, el mar se estrellaba contra los pilares del muelle. A trechos aclaraba el cielo y divisábase entre las nubes el ojo bizco de una luna estúpida y borracha. En seguida, todo quedaba como en un limbo monstruoso.

La rodeó por el talle y la atrajo, seguro de que no protestaría por aquello.

—Mañana, obligado a permanecer en el cuarto, ¿Cómo nos vamos a embarcar,



El bote de la compañía transportaba a un puñado de cobreros.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.

Polimnia? Apenas voy a sacar tres días de jornal.

En verdad, ser operario de la chata maestranza equivalía a pasar el invierno entero con las manos ociosas. Las borrascas no permitían que nadie pusiese un pie a bordo. Había una antigua orden de abandonar las labores en semajantes circunstancias.

—Bien sabes que algo contrario a mi voluntad dispuso que...—comenzó a murmurar él.

Polimnia le impuso silencio:

—¿Para qué volver a lo mismo? Es imposible, imposible.

Pisaban sobre profundos charcos. A lo lejos brillaba el resplandor tembloroso del almacén a donde se dirigían. La soledad amontonábase en los resquicios. Ni la sombra de un perro siquiera.

—No sé por qué me entusiasmé con Andrea. La fatalidad, créeme.

Su acompañante lo miró largamente.

—Tú no ignorabas cuánto te quería Anselmo. Lloré hasta que mi padre me dio de bofetadas. ¿Quién procedió mal? ¿Tú o yo? ¡Yo!

—No, angel mío. No trates de culparte, en un asunto en que yo no más cargaba con la responsabilidad. Es una situación triste la de ambos.

Regresaron completamente mojados. El continuó la lectura interrumpida y ella, en la habitación contigua se echó de bruces encima del lecho.

Ahora la neblina se arrastraba como un lacayo en la superficie del mar extenso y múltiple. El faro de Punta Angeles rugía en medio de aquella cerrazón blanca. Desamparadas gaviotas graznaban junto a los remolcadores y los faluchos. Oíanse resonar lentos martillazos en la distancia.

El bote de la Compañía transportaba un puñado de cobreros y bronceros. La mayoría fumaba, blasfemando por el detalle más nimio. ¡Vamos a la huelga! parecía ser el tema socorrido. Unos se alteraban hasta el extremo de vomitarse los más atroces insultos; otros movían la cabeza en señal de asentimiento o de duda. Los únicos que sonreían eran los chilotes encargados de la boga.

La voz de Anselmo Ordóñez emergió pacificadora:

—¿Por qué discutir? ¿Qué es lo que se pretende? ¿Aumento de jornales? ¡Díganlo, díganlo pronto, muchachos!

—Tú que estudias los problemas sociales habla...—terció con vivible sorna uno de los presentes.

No le hizo caso. Se esforzó por serenarse y luego lanzó las frases cáusticas:

—He de repetirles, manada de idiotas, que si no nos organizamos la causa es nula. Inútilmente he gastado saliva en ustedes: «En épocas de bonanza es necesario prepararse para las de escasez». ¿Me oyeron entonces? ¡Hum! Primero estaba la taberna.

—Escucha, Ordóñez. No se trata de arrojarlos discursitos a la cara. Reconocemos en ti al más capacitado de los obreros de la maestranza. Toma, pues, a tu cargo nuestra defensa. Te autorizaremos para que obres como te plazca,—exclamó un individuo de tipo enérgico y tatuado de audacia.

El debate prosiguió, salpicado de risas y pullas. ¡El líder Ordóñez! Lo malo que nunca se manifiesta con los compañeros ni les acepta una copa... No; eso no resultaba. Encallecidas manazas le palmotearon las espaldas. Alguien le ofreció un cigarrillo.

—Iremos contigo a la lucha. Prepara un pliego de peticiones.

—A palos se arreglan estas cosas, porque aquí no existe la decencia.

—Las faneas marítimas paralizadas. ¡Tremendos títulos en los periódicos!

Se aproximaban al embarcadero. Ordóñez se inclinó hacia el individuo tatuado de audacia, y le dijo, humedeciéndole la oreja con el aliento:

—Binimelis: esta mañana, de rabia, de impotencia, hubiera escupido el alma. Fíjate que mi chiquitina, a las siete, ya chapoetaba con los piecitos desnudos en el fango del patio...

—¿No te alcanzó la plata para llevarle zapatos?

Respondió quejumbroso:

—¿Con veinticuatro pesos que comprendía mi sueldo de esta semana? Y Andrea enferma...

Se mordió las uñas, pensativo. En su corazón se reflejaron distintas imágenes, dis-

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.



La mujer se abalanzó hacia él y le cubrió de besos.

tintas, pero muy trascendentales: la de Andrea, la de la primogénita y la de Polimnia. ¡Cómo amarlas con un solo cariño! Al menos a esta última... a la que deseaba como a una novia.

Los hicheros se inscrutaron en los peldaños de la escala de gato y la embarcación se fué quedando vacía.

Afuera del muelle, se reunieron de nuevo. Cientos de obreros de la refinería de aceite de ballena y de los talleres de carpintería, los esperaba. Una hélice de vapor, rota, a la que le faltaba una paleta, sirvió de tribuna. Incendiarias arengas brotaron de los labios proletarios. Había que despertar de aquel letargo. Desde esos instantes quedaba nombrada una comisión para que

se entrevistase con los patrones. Anselmo Ordóñez sería una de las partes integrantes.

Disuelta la asamblea, él y Binimelis, se alejaron en dirección a sus respectivas viviendas. Cabizbajos y preocupados iniciaron el ascenso del cerro. Una atmósfera rara, indefinible, los impregnaba. Arriba, en lo alto, como si se avergonzasen de su atrevimiento, las chozas alzaban sus indigentes fachadas.

Anselmo rompió el mutismo.

—¿Confías en el resultado de nuestro procedimiento?

—Tengo fe en el paro. No van a preferir perder quinientas libras esterlinas durante una quincena a elevar en unos pocos centavos los sueldos. ¿Y tú?



Flores de Pravia

La pasta
dentífrica

FLORES DE PRAVIA

limpia y embellece los dientes y
perfuma el aliento.

Usar mañana y noche la pasta
«FLORES DE PRAVIA», cons-
tituye un placer y una necesidad
saludable.

Precio del tubo:

\$2

—En una ocasión que no hubiese sido ésta, sí. Pero en estos momentos de gran desconcierto político, no.

—¿En qué te fundas?

—Por fortuna, amigo, no estoy al margen de las cosas que acontecen en este bello país...

Binimelis no replicó nada. Quizás sí porque le satisfizo la respuesta o porque no entendió su significado.



Valparaíso despertó bajo una pauta de inquietantes expectativas. La huelga de los obreros marítimos se había convertido en una huelga general. Los servicios de la ciudad se hallaban suspendidos; ni los tranvías circulaban. Patrullas de soldados vigilaban las calles, las plazas y los edificios públicos. Los desfiles de manifestantes arrollaban al transeúnte, impeliéndolo a engrosar la fila. El asunto tenía visos de encrespase.

En esas circunstancias renunció el Ministerio y se implantó la dictadura. No tardó en proclamarse el estado de sitio. El puerto iba a presenciar un espectáculo bárbaro, a base de masacres, descargas cerradas contra la muchedumbre y arbitrarias persecuciones.

Pasado el primer estupor de los ciudadanos, se reanudaron las faenas. Volvió a vibrar la sirena de los talleres ferroviarios; las lanchas, en la bahía, prosiguieron sus

trajines de hormigas gigantes y despaciosas; las enormes chimeneas de los establecimientos fabriles continuaron su ocupación de viciar el espacio.

Los cabecillas que componían el comité dirigente de la huelga, fueron despedidos. A Anselmo le alcanzó también la represalia. Negras perspectivas se le presentaron a raíz de esa determinación. No había más camino que buscar otros horizontes, dedicarse a otras actividades. En adelante, era el hambre al que había que combatir.

Una tarde, tres agentes de la Preventiva lo esperaron cerca de la casa. En cuanto apareció, lo siguieron, y lo instaron a que se entregase. Su sorpresa no tuvo límites.

—Date preso—dijo uno de los aprehensores—Te buscábamos.

—¿Por qué me llevan? ¿Qué he hecho?—protestó Ordóñez.

—No sé. ¡Rápido!

Se preparaba para resistir, cuando una mujer llegó corriendo como una loca y le echó los brazos al cuello.

—No te opongas, Acompáñalos. Yo te iré a ver. Le dije a Andrea que andaban éstos por aquí, y no me hizo caso; no le dió importancia...

Las lágrimas descendían por las mejillas



GINGER ALE

C.C.U.

CIA CERVECERIAS UNIDAS

de Polimnia y se consumían en el hombro de Anselmo. Este no atinaba a decir nada. Un nudo en la garganta le impedía desahogarse. La escena era fuerte, emocionante, más poderosa que el prejuicio aquél de que al hombre le está prohibido llorar.

—Ya está bueno; vamos,—vociferó uno de los agentes.

Polimnia estrechó más aún los brazos alrededor del cuello de Anselmo. Sollozaba como una perturbada:

—Ten confianza; te soltarán pronto. No te olvidaré jamás.

El grupo emprendió la marcha. Detrás de Playa Ancha el sol se desangraba como la cabeza de un ajusticiado. En la cuadra del regimiento de zapadores, un clarín llamaba a la tropa para el rancho. Tres policías a caballo pasaron galopando desenfrenados y se hundieron en la púrpura del occidente.

De súbito, Ordóñez se detuvo y lanzó un grito tan brutal como una blasfemia o una maldición. Le brotó de las entrañas, hirviendo de humanidad, doloroso:

—¡Polimnia! ¡La niña! Cúdala; es tuya. Recuérdale siempre que su padre padeció por redimirla, porque no sufriera...

La mujer se abalanzó hacia él y le cubrió de besos.

En la noche un vaporcito partió con veinticinco confinados, rumbo a la isla de Pascua. Los agitadores, los políticos profesionales, los anarquistas, todos los que podían representar un peligro para el tirano que había usurpado el poder, comenzaron a ser quitados de en medio. Anselmo Ordóñez fué uno de los primeros.

Pero él no volvió nunca más.

J. D.



El Bailarín


IGNACIO DEL PEDREGAL

Discípulo de la célebre Mary Wigman



HA reabierto sus cursos de danzas y gimnasia rítmica paralizados durante las vacaciones. En un gran salón de la Escuela de Bellas Artes, Pedregal, instruye a señoras ya entradas en años, a jovencitas radiantes y a pequeñas de corta edad, en el bello, noble y antiquísimo arte de la danza.

(Dibujo de Victorino)



El santo evangelio de N.S. Jesucristo según Sn. Mateo capítulo 27

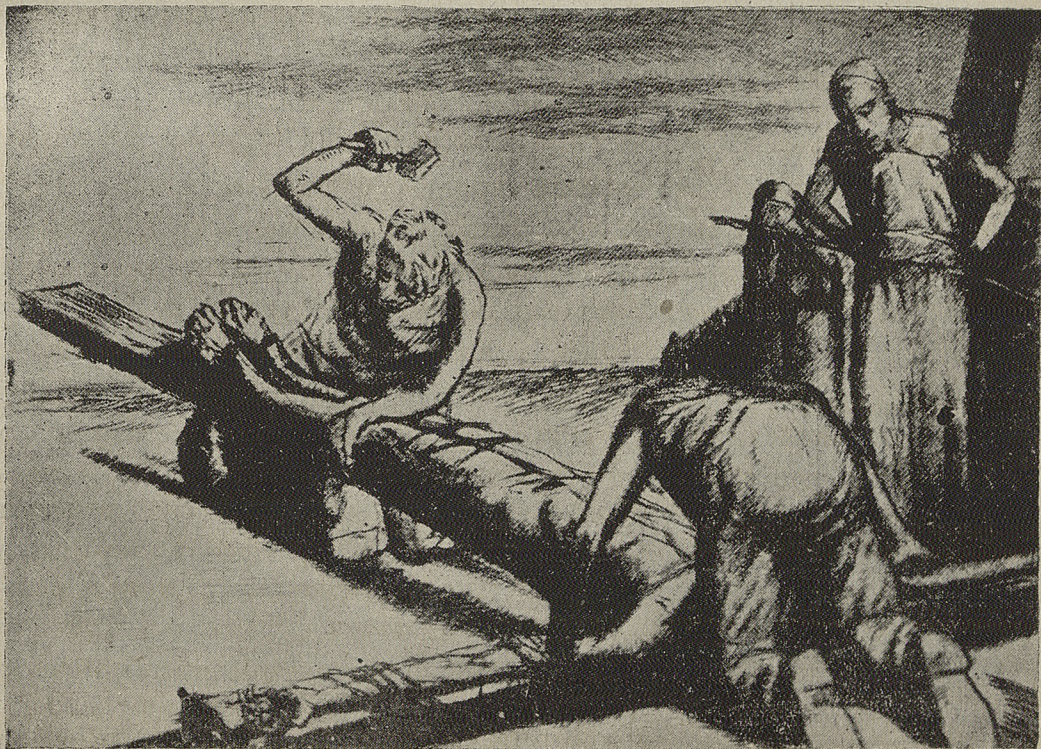
1 Y venida la mañana, entraron en consejo todos los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos del pueblo, contra Jesús, para entregarle
2 a muerte. Y le llevaron atado, y le entregaron a Poncio Pilato presidente.

3 Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que era condenado, volvió arrepentido las treinta *piezas* de plata a los príncipes
4 de los sacerdotes y a los ancianos, diciendo: Yo he pecado entregando la sangre inocente. Mas ellos dijeron: ¿Qué *se nos da* a nosotros?
5 Viéraslo tú. Y arrojando *las piezas* de plata en el templo, partióse;
6 y fué, y se ahorcó. Y los príncipes de los sacerdotes, tomando *las piezas* de plata, dijeron: No es lícito echarlas en el tesoro de los dones, porque es precio de sangre. Mas habido consejo, compraron con ellas
7 el campo del alfarero, por sepultura para los extranjeros. Por lo cual
8 fué llamado aquel campo, Campo de sangre, hasta el día de hoy. Entonces se cumplió lo que fué dicho por el profeta Jeremías, que dijo:
9 Y tomaron las treinta *piezas* de plata, precio del apreciado, que fué apreciado por los hijos de Israel; y las dieron para el campo del alfarero, como me ordenó el Señor.

11 Y Jesús estuvo delante del presidente, y el presidente le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Y Jesús le dijo: Tú lo dices.
12 Y siendo acusado por los príncipes de los sacerdotes, y por los ancianos, nada respondió. Pilato entonces le dice: ¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti? Y no le respondió ni una palabra; de tal manera que
13 el presidente se maravillaba mucho. Y en el día de la fiesta acostumbraba el presidente soltar al pueblo un preso, cual quisiesen. Y tenían entonces un preso famoso que se llamaba Barrabás. Y juntos
14 ellos, les dijo Pilato: ¿Cuál queréis que os suelte? ¿a Barrabás, o a Jesús que se dice el Cristo? Porque sabía que por envidia le habían en-

19 tregado. Y estando él sentado en el tribunal, su mujer envió a él, di-
ciendo: No tengas que ver con aquel justo; porque hoy he padecido
20 muchas cosas en sueños por causa de él. Mas los príncipes de los sa-
cerdotes y los ancianos, persuadieron al pueblo que pidiese a Barrabás,
y a Jesús matase. Y respondiendo el presidente les dijo: ¿Cuál de los
21 dos queréis que os suelte? Y ellos dijeron: A Barrabás. Pilato les
22 dijo: ¿Qué pues haré de Jesús que se dice el Cristo? Dícenle todos:
23 Sea crucificado. Y el presidente les dijo: Pues ¿qué mal ha hecho?
Mas ellos gritaban más, diciendo: Sea crucificado. Y viendo Pilato
24 que nada adelantaba, antes se hacía más alboroto, tomando agua se
lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la san-
gre de este justo: veréislo vosotros. Y respondiendo todo el pueblo,
25 dijo: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos. Entonces
26 les soltó a Barrabás; y habiendo azotado a Jesús, le entregó para ser
26 crucificado.

27 Entonces los soldados del presidente llevaron a Jesús al pretorio,
y juntaron a él toda la cuadrilla; y desnudándole, le echaron encima
28 un manto de grana; y pusieron sobre su cabeza una corona tejida de
29 espinas, y una caña en su mano derecha; e hincando la rodilla delante
de él, le burlaban, diciendo: ¡Salve, Rey de los Judíos! Y escupiendo en



Y como llegaron al lugar que se llama Gólgota...

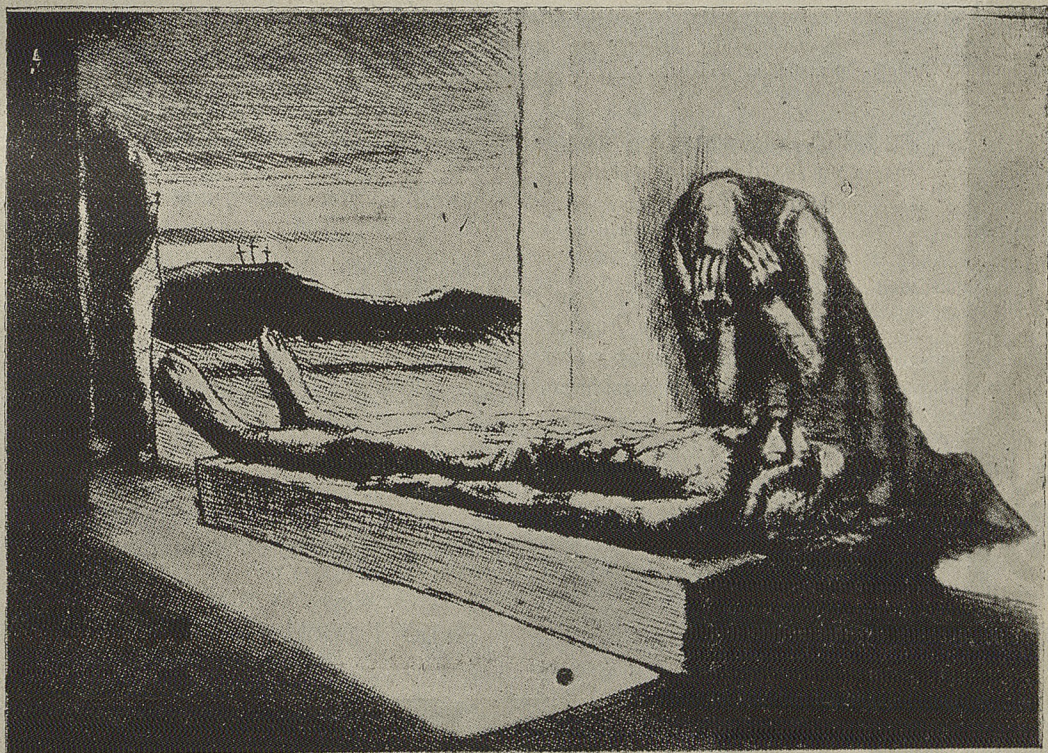
30 él, tomaron la caña, y le herían en la cabeza. Y después que le hubie-
31 ron escarnecido, le desnudaron el manto, y le vistieron de sus vestidos,
y le llevaron para crucificarle.

32 Y saliendo, hallaron a un Cireneo, que se llamaba Simón: a este
32 cargaron para que llevase su cruz. Y como llegaron al lugar que se
33 llama Gólgota, que es dicho. El lugar de la calavera, le dieron a be-
34 ber vinagre mezclado con hiel: y gustando, no quiso beberlo. Y des-
pués que le hubieron crucificado, repartieron sus vestidos, echando suer-
tes: para que se cumpliese lo que fué dicho por el profeta: Se repartie-
36 ron mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes. Y sentados le guar-
37 daban allí. Y pusieron sobre su cabeza su causa escrita: ESTE ES JE-
SÚS EL REY DE LOS JUDÍOS. Entonces crucificaron con él dos ladrones,
38 uno a la derecha, y otro a la izquierda. Y los que pasaban, le decían
39 injurias, meneando sus cabezas, y diciendo: Tú, el que derribas el
40 templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo: si eres Hijo de
41 Dios, desciende de la cruz. De esta manera también los príncipes de
los sacerdotes, escarneciendo con los escribas y los Fariseos y los an-
42 cianos, decían: A otros, salvó, a sí mismo no puede salvar: si es el Rey
43 de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios:
líbrele ahora si le quiere: porque ha dicho: Soy Hijo de Dios. Lo mis-
44 mo también le zaherían los ladrones que estaban crucificados con él.

45 Y desde la hora de sexta fueron tinieblas sobre toda la tierra has-
46 ta la hora de nona. Y cerca de la hora de nona, Jesús exclamó con
grande voz, diciendo: Eli, Eli, ¿lama sabachtani? Esto es: Dios mío,
Dios mío, ¿porqué me has desamparado? Y algunos de los que estaban
47 allí, oyéndolo, decían: A Elías llama éste. Y luego, corriendo uno de
48 ellos, tomó una esponja y la hinchó de vinagre, y poniéndola en una
49 caña dábale de beber. Y los otros decían: Deja, veamos si viene Elías
50 a librarle. Mas Jesús, habiendo otra vez exclamado con grande voz,
51 dió el espíritu. Y he aquí, el velo del templo, se rompió en dos, de alto
abajo: y la tierra tembló, y las piedras se hendieron; y abriéronse los
52 sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levanta-
53 ron; y salidos de los sepulcros, después de su resurrección, vinieron a
54 la santa ciudad, y aparecieron a muchos. Y el centurión, y los que
estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que ha-
bían sido hechas, temieron en gran manera, diciendo: Verdadera-
55 mente Hijo de Dios era éste. Y estaban allí muchas mujeres mirando
56 de lejos, las cuales habían seguido de Galilea a Jesús, sirviéndole:
entre las cuales estaban María Magdalena, y María la madre de Jacobo
y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

57 Y como fué la tarde del día, vino un hombre rico de Arimatea, lla-
58 mado José, el cual también había sido discípulo de Jesús. Este llegó
59 a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús: entonces Pilato mandó que se le
60 diese el cuerpo. Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana
limpia, y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña;

61 Y el siguiente día, que es después de la preparación, se juntaron
62 los príncipes de los sacerdotes y los Fariseos, a Pilato, diciendo: Se-
63 ñor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de
tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta
64 el día tercero; porque no vengan sus discípulos de noche, y le hurten,
65 y digan al pueblo: Resucitó de los muertos. Y será el postrer error
66 peor que el primero. Y Pilato les dijo: Tenéis una guardia: id, ase-
guradlo como sabéis. Y yendo ellos, aseguraron el sepulcro, sellan-
do la piedra, con la guardia.



Tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana...

Poemas de LecturasArbol Viejo

*Este año no dió fruto
el abuelo cerezo.*

*Vienen las dulces sensaciones
y saliva a los labios,
al evocar su roja madurez de otros años.*

*Que se haga el brazo débil,
que se enferme el serrucho,
que muera la amenaza de quitarle la vida.*

*Tal vez para el otoño se ha cargado de hojas
Todo en la tierra es bueno.
No hay sentimientos malos.*

*Si ustedes—amenaza, brazo, serrucho—no lo saben,
yo les diré que siento
cómo en las tardes se hace canción entre sus ramas
el viento pasajero.*

*La muerte nunca trae mañanas ni esperanzas,
El árbol como el hombre vienen desde la tierra.
Hay almas que se salvan sin miran al pasado
y a un árbol también pueden salvarlos los recuerdos.*

*Un buen recuerdo todo lo puede, mis amigos.
Ayer tuvo en sus brazos fuertes, el árbol viejo,
un nido bajo el cielo.
Y en las fiestas del alba—festival de almas blancas—
su copa desbordaba de canciones de pájaros.*

ALDO TORRES PÚA.



I

POR los caminos azulados de luna zigzagueaba su voz punzante, tajante, aseñinando los dulces sueños de la noche:

—¡Toóroo! ¡Jeí!

Voz de puñal la de la *Huajcha*, ancha en la base y en la punta aguda, que, para salir, entraba en las tibias entrañas del silencio, haciéndolo así:

—¡Toóroo! ¡Jeí!

Y tras la puñalada, sobre el tremante cuerpo herido, la vaquera lanzaba el escupitajo de un silbido o el silbido ominoso de un fustazo.

A horcadas sobre su yegua zaína—yegua de siete cuartas, briosa y fuerte—, terciado el poncho de vicuña sobre los varoniles hombros y el *guarapón* faldado sobre la bruna cabellera salvaje: la amplia *pollera* policroma alzada a las rodillas, sólo una espuela en el talón siniestro y en la diestre mano el cabo del zurriago, al paso, al trote o al galope—¡*Centauresa!*—iba y venía la *Huajcha*, arreando tropas de ganado bravío por esos largos caminos

que desde los Andes bajan hasta la costa de mi amado Perú.

Nunca se aventurara en la tiniebla esta rara mujer, no por miedo, que jamás lo hubo en su corazón, y sí porque sus viajes de vaquera coincidían con los de la viajera celeste, pues bajo el creciente de la luna salía ella de su estancia cordillerana y bajo el menguante retornaba a su rancho, señero como un barco, sobre la verde mar de los pastizales.

—¡Toóroo!... ¡Jeí!

Por los caminos azulados de luna avanzaba la tropa, haciendo un rumor largo de piedras arrastradas y una nube de polvo que a la zaga quedaba perezosa y enana.

Cuando la *Huajcha*, mesuraba caminos, ni la noche campera podía dormir en paz, ni el silencio nacido de la noche dejaba de sangrar.

II

La *Huajcha*—así la llamaban, por *Huajcha* quiere decir en quéchua animal sin madre—había sido hallada por las lavan-

ENEOL
Para las Cañas
Venta y Aplicaciones:
PELUQUERIA
"LOUBAT"
San Antonio esq. Agustinas
Pídalo en todas las boticas.

deras de la aldea bajo una *chilca* frondosa a orillas del río.

—Del chilcar la trujeron—decían los viejos—. L'ama del cura l'amamantó. No más estuvo maltona, se rajó p'al monte, y de ahí golbió como la vis: igual que está.

Y algunos solían añadir:

—Dis que nació della y del cura, pero... ¿lo será o no lo será?... ¿Quién lo sabrá, pues?...

Y la *Huajcha* tenía marido: ño Antonio, un hombrecillo debilucho y borracho, violentillo y aficionado al mando, como todos los hombrecillos. Capaz él de levantar la voz hasta los hombros de un hombre; pero, eso sí, incapaz de respirar fuerte siquiera, en presencia de esta rara mujer que lo mantenía para solaz de sus ocios y blanco de sus iras.

Cuando no estaba atado al bramadero del corral—castigo que sufría con frecuencia por su extremado afecto al vino—, ño Antonio pasaba las horas a la puerta del rancho, tendido sobre una piel de oveja, *chacchando* hojas de coca y fumando, sin prisa pitillo tras pitillo.

La *Huajcha*, por contra, era el trabajo hecho mujer. Más fuerte que su yegua zaína, pues, que con la presión de sus rodillas sabía obligarla a roncar; más bravía que el más bravo toro de la tropa, pues que nadie, en toda la comarca, podía competir con ella en valentía, experta en tirar el lazo; más ducha que el mejor «vaquiano» en el «rumbear» por pampas y montañas, con ojos de balanza, pues sabía precisar de una mirada el peso de una res; leal en los negocios, puntual en el cumplimiento de sus obligaciones, la *Huajcha* atraía sobre su vida todos los respetos y todas las admiraciones pueblerinas, pero también todas las envidias y las miedosas reservas. Mas nada se la daba a ella, con lo uno u otro, que en teniendo caminos que devorar ganado que vender, y marido a quien tundir, tenía cuanto podía serle apetecible.

Dura y fría. No sabía ni llorar ni reír. Era una figura ecuestre, una *centauresa* tallada en piedra, nada más. Ni buena ni mala, ni bonita ni fea; ni mujer acaso, ambigua, sin par en toda esa comarca peruana.

III

Pero el enjuto sarmiento que era el cuerpo de la *Huajcha* apareció un buen día luciendo cierta parcial deformación reveladora.

—¡Miralá, miralá!—exclamaban las gentes cuando la veían pasar con el vientre haciendo sombra al cuello de la cabalgadura—. ¡Si parece qui va tener un hijo!

Y por esto el hombrecillo debilucho y borracho comenzó a servir de pim-pam-pum a las habladurías malin'tencionadas.

«Que si esto, que si lo otro; que si ño Antonio iría a trotar con ella por los caminos, cencerro en mano, para «apunte-rar» la tropa...

El chismorreó zumbó en los oídos de la *Huajcha*, y ocurrió entonces que sus férreas manos pusieron ruidos de caracol marino en los oídos de quienes de tal guisa comentaban:

—Vos lo dijistes, Zambo Nazario... Vos lo dijistes, ¿no?...

—Me lo dijeron, *Huajcha*. Verás...

—¿Verás?... No, Zambo Nazario, yo no veré... ¡Verás tú!... ¡Ve!

Y, en fecto, Zambo Nazario, el *trejo* perdonavidas de la comarca, vió más estrellas en el cielo que arena tiene la mar.

Ño Antonio, en tanto, trepado sobre una mesa de la posada teatro del incidente entrechocaba sus manecitas, aplaudiendo con fruición.

IV

A horcajadas sobre su yegua zaína, y con el hijo acunado en el poncho y a la espalda iba la *Huajcha* por los caminos azulados de luna. Y la tropa de ganado bravío avanzaba cansina, haciendo un rumor largo de piedras arrastradas y una nube de polvo, que a la zaga queaba perezoso y bajo.

—¡Toóroo!... ¡Jeí!

Y al grito, y al silbido, y al zurriagazo grata canción de cuna para el hijo—, el tremante cuerpo del silencio no cesaba de sangrar.

De pronto, desde la arboleda que bordeaba el camino, la boca de una carabina dijo su palabra maldita.

Detúvose la *Huajcha* dispuesta a responder. Pero el redoble de un galope le denunció la fuga del tirador furtivo.

—¡Jeí!...¡Jeí!...¡Zaína!...¡Yegua e'm!.
Y el animal se estiró como una liebre, panza a tierra, para correr mejor.

—¡Ché!...¡Pará, Zambo Nazario, pará...
Pero Nazario volaba más que corría sobre su potro nuevo. Al segundo disparo

en la cadera. Palpóse sorprendida y llevó la palma hasta los ojos. Estaba tinta en sangre.

—¿Herida ella?

—Herida, sí, y de muerte; pero en la carne del hijo.



Después, pausadamente como si nada hubiera pasado, volvió a su yegua.

de la *Huajcha* la cabalgadura del fugitivo se sintió descargada. Apeóse de la zaína la mujer y se acercó al caído, que agonizaba:

—¡Sós pior que un perro!... ¡Miserable!

Y con la espuela que calzaba en el siniestro pie le rubricó la cara.

Después, pausadamente, como si nada hubiera pasado, volvió a su yegua y a su ruta, y a su grito:

—¡Toóroo!...¡Jeí!

Por los caminos azulados de luna, avanzaba la tropa de ganado bravío, y a la zaga *La Huajcha*. Al levantar la diestra para restallar el zurriago, sintió tibieza extraña

Lágrimas primigenias manaron de sus pupilas, y de su corazón una tristeza antes jamás sentida. Pero, qué diablos, ¿no era ella *la Huajcha*?... Pues entonces no debía entristecerse ni llorar. Muerto el Zambo Nazario, vengado el hijo. Lo demás, llanto, pena, nostalgia de su único amor truncado... ¡Pschs!... Eso nada importaba: ella era *la Huajcha*, ¡ni más ni menos que *la Huajcha*!...

—¡Toóroo...¡Jeí!

Y clavó así, con más saña que nunca, el puñal de su voz en las entrañas de la noche.



EL TEATRO AL DÍA**JOVEN ACTRIZ VIENESA ESCALA RAPIDAMENTE
LOS PELDAÑOS DE LA GLORIA**

**Quién es Sibylle Binder — El despertar de una vocación — El teatro,
los autores y los intérpretes. — Repugnancia por Berlín. —
Las cosas que se insinúan**

NO hace mucho tiempo que una niñita de 4 años, en Viena, sentada en un rincón de la pieza, con una muñeca entre los brazos, escuchaba a su hermana, dos años mayor que ella, que se desesperaba porque no podía aprender un poema de memoria. La chica, viendo que su hermana carecía de dotes para declamar versos, murmuró, apretando las manos:

—Déjame a mí; seguramente lo haré mejor.

Quince años más tarde, esta chica iba a hacer célebre su nombre en el teatro. Se llamaba Sybille Binder, y creía entonces que las grandes actrices aparecían ante las multitudes montadas en briosos caballos, como las hadas que había admirado en los periódicos ilustrados.

Una tarde, cuando tenía diez años, su hermana la llevó al teatro, a una representación del célebre actor Kainz. Las modulaciones de esa voz inolvidable todavía están grabadas en la memoria de la artista... Aquella tarde las dos niñas sufrieron tal emoción, que sin reparar en lo que les ocurriría después, se echaron a andar solas a través de las calles, para poder hablar con libertad del gran hombre que acababan de ver... El regreso a la casa fué ciertamente desagradable, ya que sus padres no estaban de acuerdo con semejantes manifestaciones de entusiasmo...

Al día siguiente los periódicos anunciaban que Kainz estaba enfermo. Murió, sin haberse recuperado, seis meses más tarde. Sybille Binder había asistido, pues, a su última representación...

Algunos años después, Hugo Thimig, célebre director del Burgtheater, la misma sala donde actuara Kainz, a solicitud de los padres de Sybille, sometió la niña a una prueba, con el encargo especial de decirle que no había nacido para la escena. Pero cuando ella hubo terminado, dijo:

—Lo que la niña ha recitado no es muy bueno; pero ese gesto, al apretar los puños, lo ha hecho con tanta pasión, con tanto furor, que no se podría decir que está mal.

Imaginémonos desde aquí la cara que pondría la madre de la futura artista.

Un año más tarde, Sybille Binder, triunfaba a diario en el Lessing Theater de Berlín... El teatro alemán podía contar con una nueva y grande actriz.

Cosa curiosa. Actualmente Sybille Binder actúa poco en Berlín.

—Me siento extranjera y perdida—ha dicho—en ese mundo mecánico, que no conoce sino el presente, el minuto, el instante, el segundo de sensación y de placer. Berlín me parece un estanque lleno de ranas, donde cada una quiere subirse a las espaldas de la otra, gritar más fuerte que todas, permanecer un instante en el aire y perderse entre el agua y los anti-páticos gritos.

Dos cosas me han expulsado de Berlín: una representación de Venin, de Berstein, que vi en París con Gaby Morlay y una función de la troupe judío-americana de Morriz Schwarz. Los actos de Schwarz, esos pequeños judíos como si dijéramos anónimos, lo mismo que la gran vedette parisiense, sólo eran los «demostradores de una idea», como ya lo son demasiado, en la hora actual, los actores alemanes. Fueron instantes de silencio del corazón para mí, dos de esos instantes en que se puede escuchar la agitación y la vibración de esa vida interior que sólo vale para quien la escucha, esa vida de pasión, de sangre, de amor, de púdica y secreta verdad, que es lo que deben expresar el poeta y el actor... Era esa Vida la que yo quería expresar, y ¿quién la hubiera oído en el estanque de las ranas, donde la avidez y el ruido lo cubrían todo?

Se adivina una sensibilidad en esas palabras sombrías de aquella que tuvo tanto éxito en Berlín y que hoy actúa en Viena, en Munich, en Zurich, en Dresden y en todas las otras ciudades de Alemania, donde persigue su sueño lejos de la multitud y del ruido... Y es esta sin duda la primera explicación de ese adiós a Berlín, adiós que intrigó tanto y permaneció sin explicación...

Sybillé Binder ha sido sucesivamente la Grusinskaia de *Grand-Hotel* de Vicki Baum, Mary Dugan, la espía de *Made-moiselle Doctoeur*, Mlle. de Berburg de *Mädchen in uniform*, la creadora de las últimas obras de Schnitzler, Lola Montes, y por último, la misteriosa y emocionante heroína de ese *Mercredi 17 avril*, que actualmente están traduciendo al francés.

Sybillé va a estrenar *La Voz Humana* de Cocteau.

Y mañana irá a París a filmar una película, según dicen.

Nunca el público alemán ha esperado con tanta impaciencia un debut en el cinematógrafo. Ha rehusado hasta hoy numerosos ofrecimientos: esta actriz que sabe lo que el juego profundo de una mujer capaz de expresar todas las pasiones, rehusa firmar un contrato según el cual ella no sería dueña de elegir los escenarios en que actuaría.

—Hay autores—dice—que no alcanzan éxito y quizás ni siquiera el completo desarrollo de su talento, mientras no hayan encontrado su intérprete... Es posible que yo no haga jamás nada bueno en el cinema si no encuentro a mi autor... Tengo tiempo para esperar...

Esta Réjane vienesa, cuya existencia tantos jóvenes escritores han querido llevar a la novela, no es sino una actriz de rostro prodigiosamente emocionante y complejo, que con una mirada, con un cuarto de gesto, dice más que con un largo discurso: es también una mujer espiritual y paradójica:

—Me gustan todos los comienzos, en la vida, todas las cosas que se insinúan: la mañana en el campo, la primavera cuando aun está un poco ácida, los prados que no han florecido, el caballero que no nos ha hecho aún la corte y que nos la hará—en un rato más va a aburrirnos con sus melancolías—; los niños que no hablan y que sólo tienden los brazos, el gatito que salta y el perrito que no muere... También me gusta el rol que se saca de las sombras, una noche de repetición general, cuando los enemigos están en la sala y las buenas camaradas también. Están a la busca

de la palabra que hiere y que es necesario ocultársela. Es la vieja sangre aventurera de mis lejanos antepasados españoles que habla quizás: pues me gustan los viajes y el hallazgo del rincón que aun no se ha



El rostro hechicero de Sybillé Binder

visto y que el próximo recodo del camino se esconde y que será sin duda el más bello de todos los que habremos admirado... Y también me gusta conversar.

Me escribe que no sabe si sus locuras agradarán a París cuando vaya, no como simple visita, sino para trabajar ante «el señor Fotógrafo y el señor Ingeniero de sonido».

Pero en esas inquietudes de una vienesa ¿acaso no reconocemos el eterno femenino que siempre ha tenido derecho a París?

LOUIS THOMAS.

(Tradujo Mórtimer Gray, especialmente para «LECTURAS»).

UN CUENTO ESPAÑOL

Un Caso de Conciencia

DON Leopoldo, sentado ante su amplia mesa de despacho, releía por centésima vez aquella carta abierta dos o tres días antes. El despacho estaba sumido en una semipenumbra grata.

La lámpara quebraba su luz sobre la luna de la mesa y ponía en el techo de la habitación un círculo de claridad. Enfrente, la chimenea teñía la alfombra con su resplandor rojo.

Don Leopoldo tenía cincuenta años, un concepto de la vida como cosa cómoda y confortable, estropeada a veces por una pincelada negra que por error dejaba la fatalidad, y algo del tedio de las horas vacías que forman el vivir sin lucha.

En el sentido posible de la palabra, don Leopoldo era feliz.

Se casó cuando tenía casi treinta años. Sus padres le mimaron extremadamente y fué siempre el niño, aun cuando ya las canas empezaban a dejar en su cabeza la huella indiscreta de los días.

Era rico y el dinero le había proporcionado las mil pequeñas satisfacciones de vanidad y capricho que es capaz de ofrecer. Su mujer, aficionada a leer su nombre en las crónicas de sociedad, y sus dos hijos — Enrique y Julia —, ponían ante sus ojos la única obra de su vida, pero que para él era la prueba del cumplimiento santo de un deber.

Don Leopoldo no tenía otra historia. Vivir, deslizarse por el camino fácil de aquella existencia que encontró preparada.

Del pasado tenía sólo una vaga referencia de años de privaciones y luchas.

Su padre había sido pobre. Emigró y en muy poco tiempo volvió a su patria con una considerable fortuna. El no supo nunca cómo se había logrado. Alguna vez, una pregunta velada que no merecía la respuesta deseada, le hicieron comprender que en el fondo de todo aquello, en el cambio rápido y lejano, que para su memoria era como un tenue recuerdo de un «film» visto con desgano, adivinaba alguna historia oculta difícil de explicar.

Pensó en ello, cuando, niño aún, su razón se iba iluminando con minutos de reflexión. Pero sintió un poco de miedo de penetrar en el fondo de la aventura sospechada.

Murió su madre y sobre su padre pareció caer todo el silencio triste del más allá. Se hizo más reservado y pasaba largas horas con la mirada perdida a través de los cristales de un amplio ventanal como si contemplara algo lejano e invisible para los otros.

Resistía el paso del tiempo. Don Leopoldo mismo se asombraba de aquella resistencia porque se empezaba a sentir viejo, quizá más que su padre.

Había presentado el secreto y, junto al dolor de perder al viejecito, sentía como una ráfaga de terror a algo misterioso e inevitable.

Cumplía don Leopoldo cincuenta años cuando el viejo murió. Fué un final rápido, inesperado. En la amplia casa, llena de tapices, dejó la fatalidad su huella y esa estela de melancolía que sigue a la desgracia.

Don Leopoldo lloró en el silencio de su cómodo despacho, sobre todos los recuerdos de sus días pasados.

No tuvo valor para revolver los papeles de su padre, los últimos recuerdos del viejecito, que le dejó aquel bienestar mil veces paladeado.

Dejó pasar los meses — tres o cuatro — y un día se decidió, al fin, a ordenar todo aquello.

Sin saber por qué, se había casi desvanecido en su espíritu el temor a la sorpresa que imaginó oculta en la vida de su padre.

En el fondo de un cajoncito encontró una carta dirigida a él. La letra era de su padre y el sobre estaba lacrado cuidadosamente.

Fué una larga contemplación.

Deseaba y temía romper aquello y penetrar el secreto.

¿Qué misterio podía vivir allí? Sin duda algún dolor, pues en otro caso su padre no habría trazado aquellas líneas que un poco imprudentemente confió al azar.

Sin embargo, era necesario abrir el sobre y saber.

Lo rasgó con mano nerviosa. Lo hizo de noche, en hora en que todos dormían y nadie podía sorprender su turbación, ni llegar a saber el efecto que su lectura le produjera, ni violar con una intervención

indiscreta un secreto que debía ser sólo para él.

El viejo empezaba por pedirle perdón por el dolor que iba a causarle; dolor en todos sus aspectos, porque destruía el concepto honrado que don Leopoldo hubiera formado de él y porque le pedía un sacrificio demasiado grande.

La carta era muy extensa. El viejo hacía historia de toda su vida, de aquellos años que don Leopoldo desconocía, de una época de miseria y lucha en la que ante sus ojos no se presentó otra esperanza que la emigración en busca de fortuna.

Se lanzó a la aventura, rodó por el mundo persiguiendo la quimera dorada, pero la suerte se le mostraba adversa.

Tuvo un compañero, casi un hermano, en los días peores; por una cabriola del destino este compañero iba a hacerse rico. Había encontrado una mina importante. Le confió su secreto y él, cediendo a la codicia, se lo robó juntamente con una considerable cantidad de piedras preciosas.

Nada podía contra él. El mismo celoso secreto que había guardado le impedía probar nada. El padre de don Leopoldo le despojó de todo. Vendió después cuantos derechos había detentado y volvió a su patria con una cuantiosa fortuna. Don Leopoldo era entonces muy niño.

El amigo—murió allá lejos, pobre y ol-

vidado, y muchos años después, el mismo azar que lo había reunido con el padre de don Leopoldo, puso ante sus ojos a la viuda y a unos hijos del defraudado.

Habían vuelto a la patria en el mismo estado de pobreza en que la abandonaron.

Fueron una acusación constante para el amigo desleal. Don Leopoldo comprendía las horas de remordimiento que su padre debió sufrir ante aquel recuerdo.

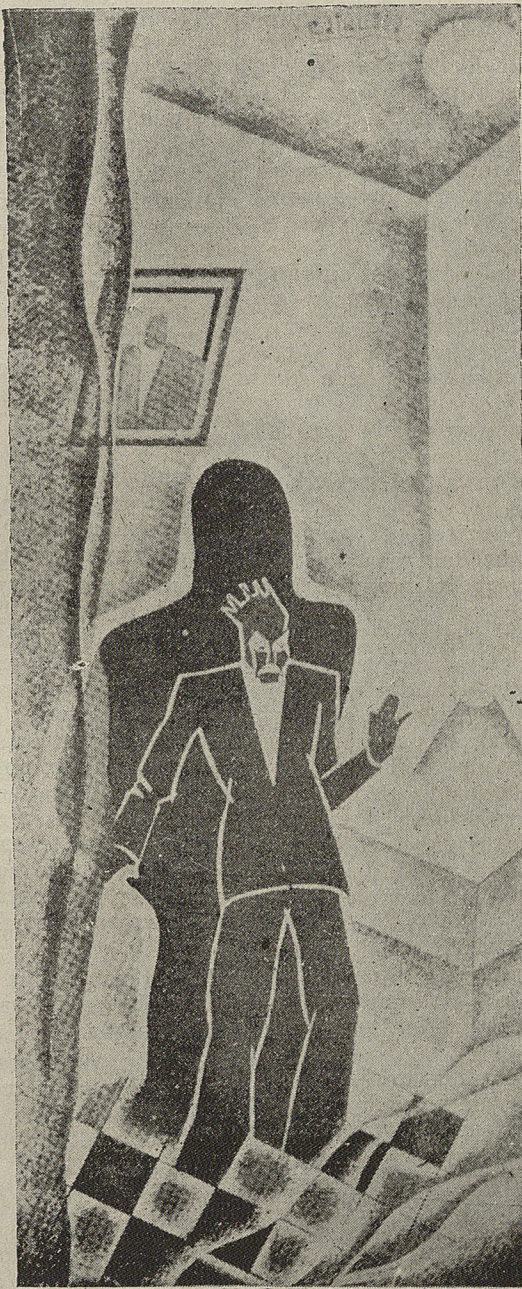
«No tuve valor para dejaros en la pobreza—decía el viejo en su carta—y por eso no restituí. Tu madre no sabe nada. Jamás tuve el valor de decirselo y murió sin haber pasado por esta vergüenza y este dolor.

Ahora que ya no vive me he sentido cobarde por mí mismo, que ya no no soy capaz de nada; por ti y por tus hijos.

Comprendo cómo me juzgarás y te reconozco el derecho a ello, pero es necesario que restituyas. Sólo de esta manera podrás vivir en paz con tu conciencia y podré yo también morir tranquilo.

No te pido que compartas con los otros lo que sólo es de ellos, porque tú no eres quien ha de conceder; yo no he podido tampoco hacer nada, porque ellos saben la verdad y estoy seguro de la forma en que hubieran rechazado

una ayuda; pero te pido que lo restituyas todo, sin reserva ninguna, reparando un daño que yo cometí y que me ha destro-



Tres días de esa lucha fueron bastante para desmejorarlo

zado después la vida impidiéndome gozar lo que no era mío.

Perdóname; pero, por mucho que te cueste, cumple este ruego, que algún día tú mismo agradecerás. Te lo hago porque callar y enterrar conmigo este secreto hubiera sido demasiado».

Seguían otros párrafos reiterando el ruego y llevándolo casi al mandato.

Don Leopoldo, durante mucho rato, se sintió incapaz de razonar.

Las primeras ideas fueron de protesta ante su propia conciencia. Era demasiado pedirle aquello a sus años, cuando no podía ya empezar un camino.

Su padre cometió una falta y la amplió después con muhas otras. Su educación fué quizá aún mayor delito, incapacitándolo para todo cuanto al final de su vida le reservaba aquella prueba superior a sus fuerzas.

Pensó en sus hijos, acostumbrados a una vida fácil y que iban a carecer de todo, a encontrarse sumidos en la tristeza de las privaciones.

En el silencio de la noche don Leopoldo vió alzarse ante él aquel fantasma de un caso de conciencia sencillo e imposible de resolver.

¡Restituir! Era muy fácil decirlo, pero la realización suponía un sacrificio superior a sus fuerzas. Le obligaba a dar una explicación de sus actos que sólo era posible descubriendo el pasado de su padre, entregando a la malicia de todos la historia del amigo desleal que había dejado además que el compañero despojado, primero, y su viuda y sus hijos, después, viviesen en la pobreza. ¿Hasta qué punto podía don Leopoldo cubrir de oprobio la memoria de su padre?

Por otra parte, si no daba razón de sus actos, su mujer y sus propios hijos se revolverían contra él, lo llamarían loco y quién sabe si hasta pretenderían incapacitarlo.

La mejor manera era una transacción con los hijos del amigo de su padre, pero ello requería también descubrir el secreto, mostrarse conocedor del delito, y ya su padre le advertía en aquella carta que esto no sería posible.

Don Leopoldo no durmió aquella noche.

Pasaron dos o tres días en la misma incertidumbre y sufriendo análogos desvelos.

Era el más grave problema de conciencia que se le había presentado en su vida, siendo el de solución más sencilla.

Buscaba lo imposible: el ser y no ser, el restituir reservándose lo que no podía conservar.

No tenía ni el consuelo de ganar días consultando con alguien aquel caso de conciencia. La misma sencillez de la solución le hacía comprender que *en conciencia* el caso no presentaba más que un camino: y sin el coraje necesario para seguirlo, consultar a otro era darle para siempre una razón para ultrajarlo, aunque fuese en lo más recóndito de su pensamiento.

Tres días de esta lucha fueron bastante para desmejorarlo. En la casa hubo un movimiento de alarma, que él trató de destruir, sin conseguirlo por completo.

Se sabía incapaz de callar siempre y por ello cada vez trabajaba su pensamiento con mayor intensidad buscando la imposible solución.

Al cuarto día, agotado ya, mientras todos dormían, tomó su resolución, que llegó hasta su conciencia como un baño de luz que la reconfortara.

Crepitaba la leña en la chimenea y en el techo del despacho ponían unos rayitos que escapaban de la pantalla roja del portátil un círculo de luz.

Don Leopoldo leyó por última vez la carta de su padre. Era necesario descubrir aquel secreto, pero podían evitarse muchos detalles. El viejo pedía la restitución, pero no quería que su carta fuese al dominio de todos: Después de leerla la arrojó al fuego y durante unos momentos estuvo contemplando cómo se desvanecía el pasado, cuya única prueba guardaba aquel papel. Volvió a su mesa y pausadamente, estudiando las frases y aun las palabras, escribió de nuevo aquella historia dulcificándola en lo posible y disculpando con cuantas razones pudo, la conducta de su padre.

Las hojas escritas las encerró en un sobre, que lacró con cuidado, escribiendo en él unas palabras.

Don Leopoldo respiró satisfecho. Dirigió la vista a un retrato de su padre que presidía el despacho, con la satisfacción del deber cumplido.

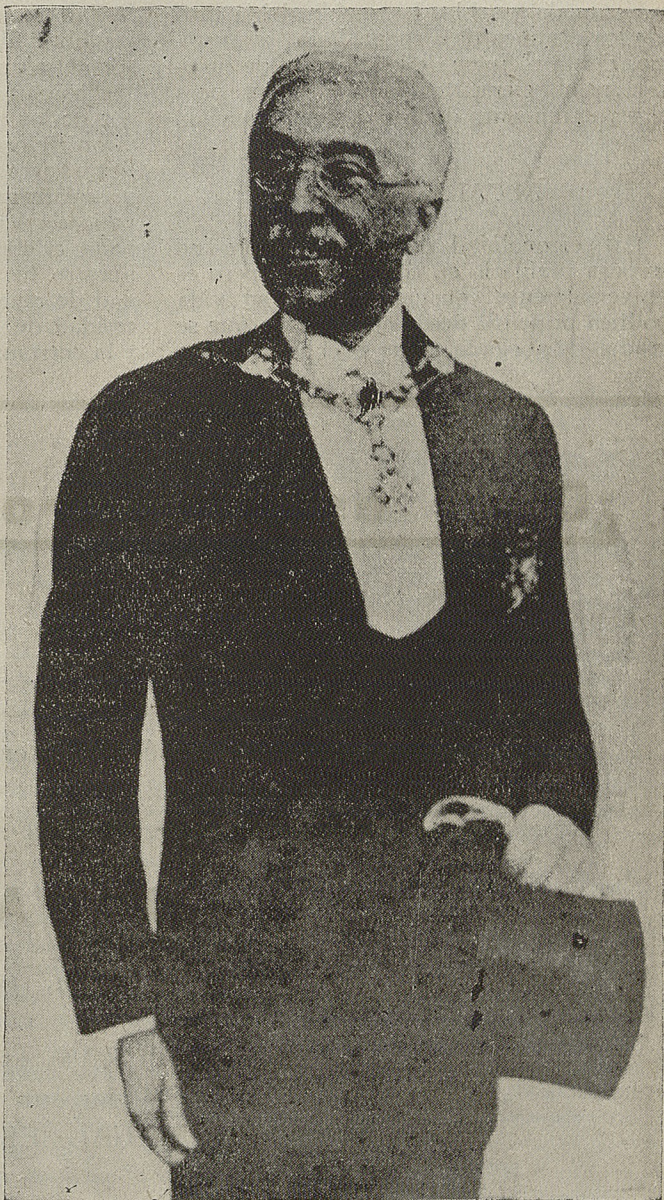
Después de tres noches de insomnio don Leopoldo logró al fin dormir tranquilamente, en paz con su conciencia.

Antes de cerrar los ojos, dirigió un recuerdo al sobre que acababa de dejar cuidadosamente guardado. En él había escrito el nombre de su hijo, y debajo estas palabras: «Para que lo leas cuando yo me muera».

El segundo aniversario de la República Española

LEGA a su segundo año de vida la República Española cuyo significado no fué meramente el cambio de hombres; sino el cambio de principios. La República ha sido el movimiento justo e inexorable de la Historia. Fué la consecuencia matemáticamente inevitable de la descomposición, de la muerte de la monarquía. Han pasado dos años conquistándose una perfecta estabilidad, lo cual dice claramente del triunfo amplio de los nuevos principios en que realmente debe descansar el porvenir de los pueblos. Un entusiasmo optimista cunde en el alma de todos los españoles que asisten hoy a la marcha de la Historia. Sus fundadores, hombres del mayor prestigio con que cuenta España, han sabido orientar con valor y talento los nuevos rumbos que normarán para siempre la vida del pueblo español.

La República ha pasado días de verdadera prueba; pero los dirigentes no prometieron al pueblo una vida regalada, al contrario, hicieron saber que para llegar y sostener el nuevo régimen, se necesitaba atravesar por un sinnúmero de dificultades que necesariamente tienen que surgir como herencia del pasado gobierno. Y así sucedió. Los monarquistas no descansaron de trabajar para hacer caer al nuevo régimen valiéndose de cuanto estaba a su alcance para desprestigiar la República, esparciendo, al efecto, los más siniestros rumores que la realidad nunca tardó en desmentir. Los hijos más notables de España estaban cada uno en su puesto, alertas, para defender la República. Por eso llega hoy a su segundo aniversario más robusta y sólida, más joven, más nueva, más activa



El Presidente de la República Española,
Excmo. Sr. Niceto Alcalá Zamora

la vieja leona madre de estos veinte cachorros americanos.

Hoy la República Española, es un hecho consumado, indudablemente desagradable para unos pocos y agradable para

otros, pero entra definitivamente en el ancho y luminoso escenario de la Historia. Y es que la república estaba ya vibrando en el alma del pueblo, era un advenimiento impostergable; en el ambiente se sentía la necesidad de un cambio urgente de principios que respondieran a las justas aspiraciones del pueblo. El pueblo debía dirigir los destinos de España bajo los auspicios de un régimen de legalidad y de justicia social, elementos indispensables para el mantenimiento de la paz de una nación.

ALCALA-ZAMORA

La personalidad de Alcalá-Zamora no es para perfilarla en cortas líneas, pero es universalmente conocida porque su vida política principió desde el momento que se graduó de abogado. Este es el hombre que

con mano sabia ha sabido forjar la paz y la prosperidad de toda la nación. Con una llaneza que armoniza con su señorial distinción ha sabido en su segundo año de mandato presidencial inspirar un general afecto colectivo y un respeto pletórico de confianza. España entera sabe que Alcalá-Zamora será siempre el sostenedor de las libertades republicanas, el leal defensor del régimen y el amparador de los derechos ciudadanos. El es el centinela avizor de los altos principios de justicia. El Gran Reformador que todo el pueblo español venera y admira. Este aniversario no solamente es español sino también hispanoamericano. Toda la América Hispana celebra regocijada la fecha en que nuestro hermanos de España, sin necesidad de revolución, sintiendo un día la necesidad de la República, votaron por ella y la entronizaron.

¿Cuál es su problema?

Porque indudablemente Ud. tiene entre ceja y ceja un problema, ya sea de orden sentimental, económico, político, conyugal, doméstico, literario, artístico, filosófico, religioso, educacional, etc.

En cualquier problema cuya solución Ud. persiga,

P E D R O S A N T O S

le ayudará, con mucho gusto, por intermedio de esta Revista.

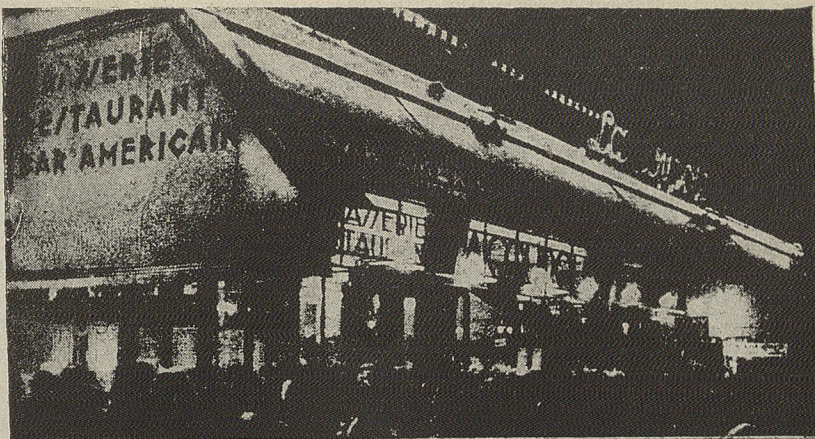
Escriba a «LECTURAS» exponga su problema y **PEDRO SANTOS**, le aliviará un poco de su carga. Escriba sus cartas a «¿CUAL ES SU PROBLEMA?»

REVISTA LECTURAS

CASILLA 3327 - SANTIAGO - TELEFONO 82028

LA VIEJA ROTON- DA HA MUERTO

Dice con mal contenida amargura Sacha Zaliouk, un pintor de aquellos que contribuyeron a prestigiar las paredes del viejo café. Cómo era la Rotonda cuando Foujita Van Gogh, Modigliani y Picasso daban sus pinceladas primeras.



Un aspecto del Café de la Rotonda, en París

POR

DEMETRIO KORSI

EN un modesto taller de la Puerta de Orleans—semillero de artistas—me recibe Sacha Zaliouk, uno de los pintores más característicos y dilectos de Montparnasse.— Me acompañan Michelle Deroyer, periodista francesa, y Prat Gay, periodista argentino... Ambos, como yo, con el deseo ferviente de penetrar la vida primigenia de *La Rotonda*, el célebre café internacional de este barrio, desde donde fueron lanzados a la fama del mundo tantos nombres de artistas...

Sacha es un pintor imaginativo. Le domina la nota violenta; por ejemplo, el contraste entre el divino rostro de una mujer ideal y el mascarón cruel de un hombre monstruoso, superpuesta a un perfil simiesco y centro africano. El contraste; eso es Sacha: lo negro, y lo blanco, la hipertrofia y la atrofia.

Mientras Michelle Deroyer toma sus notas con la avidez con que un avestruz ingiriera la joya caída a su alcance, Sacha, meditativo, habla, habla, habla... ¡Con qué sensualidad espiritual se escucha a sí mismo este hombre!

Sacha habla:

—La vieja *Rotonda* era un café cualquiera. Su propietario nunca pudo pensar en la importancia futura de su humilde rincón. Montparnasse fué creado por la inmigración turística de la post-guerra. Allí, en la vieja *Rotonda*, solíamos reunirnos algunos artistas para comentar la vida coti-

diana, para analizar los trabajos efectuados, para ir a comer juntos en la pequeña fonda que quedaba al lado del café llamada *Montparnasse*, hoy refundida, como la carnicería contigua, a *La Rotonda* actual. Solíamos reunirnos allí, Van Gogh, Foujita, que acababa de llegar de Inglaterra. Picasso, que ya era un poco altivo y comenzaba a mirar a los demás mortales con la displicencia de un engreído; Modigliani, cuya belleza física era extraordinaria y cuyo talento comenzaba a revelarse en todo su esplendor, y otros...

Michelle Deroyer transcribe. Su febril e inquieto lápiz corre por el cuaderno velozmente. A veces lanza una pequeña exclamación de alegría, abriendo alucinada sus ojos de duda ante un detalle inédito. Sobre el sofá, la periodista apoya en sus piernas, el *carnet* misterioso de sus notas, y deja ver el comienzo de sus piernas rogordetas... Prat Gay, inquieto, mira por entre las pestañas: aquiescente, fumativo, introspecto.

Sacha, impertérrito, prosigue:

—Naturalmente, había otros «rotondianos» y algunas «rotondianas» que allí hicieron fortuna. Entre ellas estaba Fernanda Barrey, que después fué Madame Foujita, Madame Barrey era algo así como la cocina de *La Rotonda*. Cuando ella hablaba se le oía en todo el café; el partido que tomaba era el triunfante. Muchos se preguntarán lo que podía hacer allí, esta mu-

jer que, comenzando por modelo, fué luego la mujer de un pintor célebre y ha terminado por ser ella misma una pintora muy aceptable.

Fernanda Barrey, que era entonces de una belleza original, y de un espíritu sugestivo, hacía, como se ha dicho, la modelo en las academias y en los estudios de los pintores, con lo que tal vez ganaba suficientemente para vivir; pero su profesión no la impedía aceptar alguna aventura cuando se presentaba la ocasión. Foujita encontró en ella la base de su porvenir. Esta mujer creó su reputación como gran pintor, antes de que el japonés pintara nada de valor real.

Mientras Zaliouk habla, miro sus cuadros. Allí, dos estudios de Foujita, hechos en 1914; un apunte de torso de mujer, el retrato de un caballero con monóculo; allá, una maceta de flores paradójicas e insubstanciales, temblorosas bajo la luz tamizada de una ramazón, y, tras un biombo, al fondo, irredentos, unos paisajes... En todo un rasgo de intenso contemplativo, de pintor profundo, y también —¿por qué no?— de poeta.

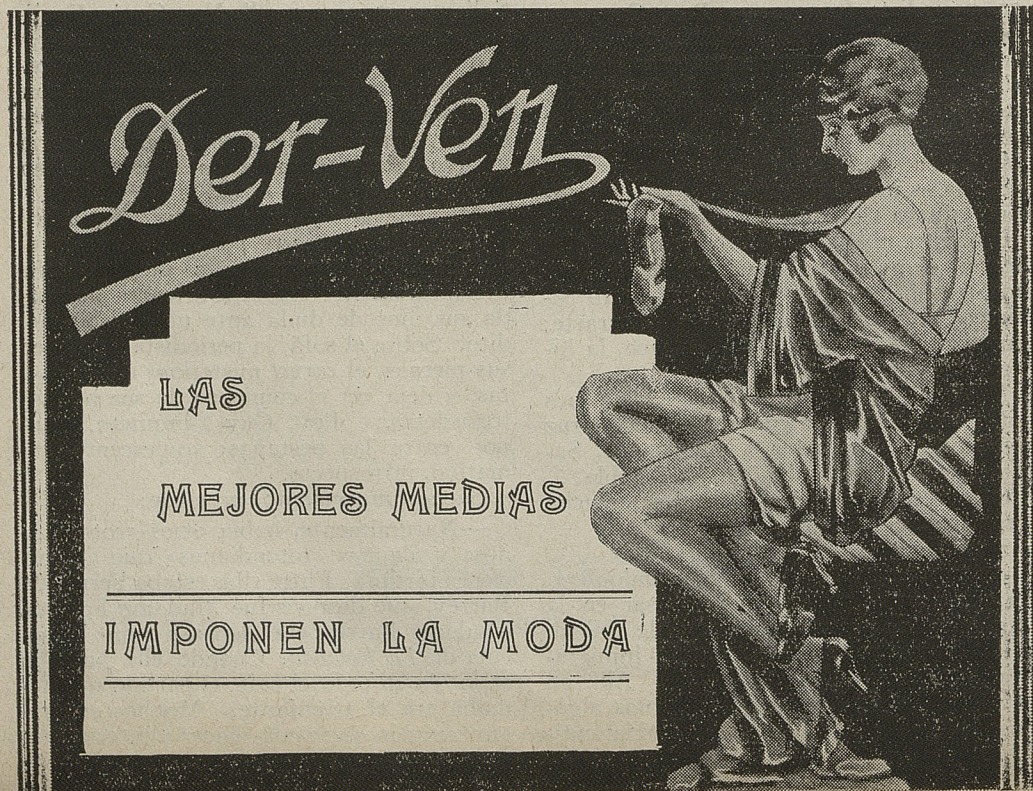
Sacha termina:

—El espíritu comercial del momento ha matado el espíritu artístico de antes. El pintor actual trata de vender sus cua-

drod valiéndose de todos los medios, como el salchichero se vale de todas las propagandas para vender sus salchichas. Hoy se explota el error, la impreparación, la falta de gusto: todo eso que en ciertos pintores constituye un temperamento especial, se adapta o se trata de adaptar a técnicas determinadas, con el único fin de que el precio de venta aumente. Es decir, del error se ha querido hacer una *falta voluntaria*. En estas condiciones, *La Rotonda* de hoy no es ya el café propicio al arte y a la meditación, sino un vulgar *dancing*, constelado de *cocottes*, convertido en una galería irrisoria de obras en que lo más valioso es, a veces, la tela en que han sido pintadas. Así, pues, la vieja *Rotonda* no existe; la *Rotonda* ha muerto.

Con estas palabras, lanzando una gran bocanada de humo, Sacha finaliza sus impresiones. Salimos. La escalera nos conduce al patio, un patio desigualmente empedrado, donde se estanca el caño estrecho de un agua infecta. Y en un rincón del patio solitario, un gran árbol coposo que sacude el viento, cargado ya con los primeros estremecimientos otoñales, bajo el cielo de zafiro claro, Zaliouk, deteniéndome por el brazo y mostrando un ventanal, indica:

—Allí era antes mi *atelier*. Pero me mudé; ese árbol me quitaba la luz...



Der-Vell

LAS

MEJORES MEDIAS

IMPONEN LA MODA

LO QUE LA REVOLUCION RUSA HA SIGNIFICADO MATERIAL, ESPIRITUAL Y SOCIALMENTE PARA LA MUJER.

El mundo se interesa por todo lo que viene de Rusia, la curiosidad está latente por doquiera. ¿Qué pasa en ese inmenso país, entre esa inmensa cantidad de gente? ¿Se sufre, se goza, se vive tranquilo?

Conozcamos un aspecto de Rusia: el de la mujer, que, como se sabe, no tiene con el hombre otra diferencia que la de haber nacido físicamente distinta.



La mujer en Rusia interviene en las asambleas obreras

A TRAVÉS del vitral de la cervecería, mi amigo y yo contemplamos el ir y venir de las muchachas—obreras, mecanógrafas, modistillas—, que llegada la hora del yantar, han abandonado el trabajo:

Mi amigo es ruso. Allá, en Moscú, ha hecho cine, y esta afición al *séptimo arte*, nos ha aproximado. Hablamos del Sowkino, y de sus producciones, e insensiblemente la conversación deriva al único y eterno tema: la mujer.

Mi amigo no se atreve a hacer consideraciones, ni mucho menos a sentar principios sociales. Relata, relata nada más, que es, al fin y al cabo, lo que al cronista puede interesar en esta charla intrascendente de mesa de café.

Como concesión, al medio evocado, unas rebanadas de pan con *caviar* acompañan a los *bocks* de cerveza.

—Cuando la revolución soviética concedió a la mujer idénticos derechos que al hombre, otra revolución naturalmente, se produjo en los hogares. Tan rápida y victoriosa, puede asegurarse, como la que había conmovido a la nación. El nuevo régimen fué aceptado sin reservas, y la mujer se dispuso a explorar los nuevos campos abiertos a sus actividades. Hoy apenas si entre la mujer y el hombre existen en Rusia más diferencias que las puramente fisiológicas.

La mujer rusa—sigue diciendo mi amigo—es sobria y fuerte, física y moralmen-

te. Ha tenido siempre, desde los tiempos de esclavitud, un amplio espíritu de renunciamiento, y así esta victoria, más que como victoria, la ha aceptado como una sumisión más. Hay que trabajar como sea y donde sea. La vida es cada vez más dura.

Por eso, aparte de las esferas sociales y políticas, donde la mujer rusa actúa ya con gran afición y brillantes resultados, donde destaca más el nuevo estado de cosas es en la vida ciudadana, en los servicios públicos, en todos esos menesteres que podemos observar y utilizar apenas nos echamos a la calle. Una mujer limpiabotas, por ejemplo, a las puertas de un restaurante es algo que sólo una revolución, una subversión brutal en todos los órdenes de la vida, nos puede brindar.

Pero «se hace uno» fácilmente a ello. En Rusia existen la mujer ferroviaria, la mujer policía, la mujer chófer, la mujer conductor de tranvía, etc., etc.

—Entonces—le interrumpo, pensando siempre en latino—, ¿se acabó el madrigal? ¿Allí no habrá sugerencias momentáneas, ni atracciones fugaces?

—No, claro. En realidad, nada de eso, es



FABRICA DE CHAMPAÑA

LUIS A. D'ANDURAIN y Cía.

La única en Chile, que ha sido premiada con Medalla de Oro y Diploma de Honor, en la Exposición Industrial de Osorno del año 1930

HAGA SUS PEDIDOS AL DEPOSITO GENERAL

SANTO DOMINGO 1231 — TELEFONO 60030

Y EN LAS PRINCIPALES BOTELLERIAS

necesario en la vida... Al contrario... ¿Más caviar?

—Bueno.

—Una mujer es un hombre—continúa,— en el sentido de no haber diferencias entre los sexos en la vida social. Es corriente que una muchacha ceda su puesto en el tranvía a un obrero y le pida lumbre para encender su pitillo a un transeúnte. Usted comprenderá que es muy difícil sonreír galantemente a una mujer agente del tráfico, cuando, por controvertir una orden en la circulación, nos impone unos rublos de multa. Aparte de que una mujer con *ruvaska* y polainas de cuero suele adquirir un aspecto poco atrayente. Sin embargo, no crea usted que pierden toda su belleza y sus personales atractivos. En las profesiones intelectuales, y hasta en las comerciales, la mujer rusa conserva su distinción y elegancia, aunque moderadas por la carencia de lujo.

Donde más se ha notado la influencia del nuevo régimen de vida es en el hogar, y podríamos decir mejor en el matrimonio. Establecido el amor libre, se ha dado al traste con todos los prejuicios, con todas las conveniencias sociales y con los principios seculares de la organización familiar. En Rusia todos los hijos son legítimos. No es cosa de analizar si esto es un bien o un mal. Las principales consecuencias de esto son una nueva concepción de los derechos mutuos entre padre e hijos. El hijo nace, y no tiene por qué someterse a una autoridad paterna que él no ha solicitado. Es preciso, pues, atender al niño con idénticos interés, cualquiera que sea su relación con quienes le han procreado. Y éstos tienen el deber de aceptarlo así. Por ello, se les deja en completa libertad para actuar eugenésicamente en los casos que crean conveniente. Hemos llegado a la conclusión de que la

ley de Malthus es eficaz para la obtención de una generación vigorosa y limpia de toda laca.

Comprendemos que todo esto choca con la civilización de la vieja Europa; pero no echemos en olvido que Rusia ha vivido

LOS ERRORES DE LA CIENCIA POLITICA

Por T. ALVAREZ

PRECIO: \$ 3.-

El autor, conocido abogado chileno que ha servido honrosos cargos en el gobierno de Chile, y que por sus estudios y ocupaciones conoce las dificultades en que la ciencia política mundial se ve envuelta ha escrito este libro de rara calidad.

En un lenguaje fácil, sin complicaciones de ninguna especie el Sr. Alvarez analiza uno a uno los sistemas constitucionales de gobierno: sus orígenes, sus puntos de contacto, sus transformaciones y sus aplicaciones. Mira a través de los diversos sistemas, las dificultades con que se encuentra la ciencia política en la práctica.

Por fin, la obra del Sr. Alvarez, tiene la gran cualidad de «construir» después de criticar. Sus consideraciones y conclusiones en la que demuestra que la ciencia política mundial está errada, no carecen ni de fundamento ni de claridad en la visión de estos problemas.

Pedidos se atienden previo envío del valor o por reembolsos superior a \$ 5.—

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS:

EMPRESA LETRAS

Cañilla 3327 — Huérfanos 1041 — Santiago

siempre en un efectivo divorcio con sus hermanas de Continente, que han mirado siempre más bien hacia Asia.

matrimonio lo somete a la ley del amor o de la conveniencia. Lo hace y lo deshace cuando lo considera oportuno. Ni aun tiene



Desfile por las calles de Moscú de un grupo atlético femenino

En el aspecto religioso, la mujer se ha desprendido también de toda influencia anterior. Ud. no ignora que en Rusia existe el «Besboshnik», la «Sociedad de los sin Dios» y que el Gobierno soviético tiene establecida la enseñanza antirreligiosa. Puede calcularse que hoy el 80% de las mujeres rusas son ateas. Claro está que la rapidez en estos resultados, tiene una explicación fácil. El jefe supremo de la Iglesia era el zar, y por lo tanto, al caer éste caía también la Iglesia.

La mujer ha llegado, por todas estas razones, a una máxima libertad. Adopta el medio de vida que más le agrada, el trabajo para que se considera más apta. El

el peligro de caer en la galantería, porque ofrecer lo que tan fácil es de lograr resultaría un mal negocio.

Mi amigo ha callado. Me observa, y no debe ver en mí más deseos indagatorios, cuando al cambiar de conversación me alarga otra rebanada de pan.

—¿Más caviar?

—¡No!

Confieso que no me gusta. Siento algo de bascas y me veo amenazado de indignación. No; el caviar no es manjar de mi gusto. Me quedo con la cerveza.

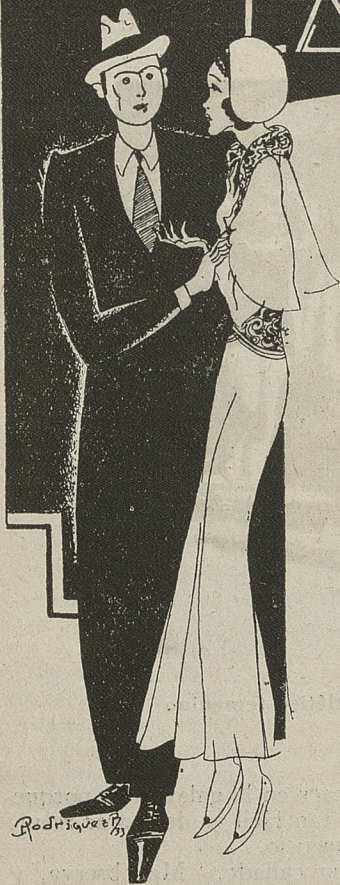
—¡Camarada mozo, otro bock!

RAMÓN MARTÍNEZ DE LA RIVA.



EL PRECIO QUE UD. PAGA POR SU TAZA DE CAFE, LE DA DERECHO A EXIGIR QUE SEA PREPARADA CON CAFE LEGITIMO PURO

EXIJA CAFE LEGITIMO



LA ROSA DE LA JUDERIA

Continuación.

PRIMERO LEA ESTO

Leibel, joven judío empleado en una sastrería, decide casarse y va a ver al Schadchan, el agente matrimonial, quien lo pone en contacto con una chica que es bizca, coja y jorobada. Pero es rica. A pesar de ello Leibel vacila mucho en comprometerse. Una tarde cuenta sus penas a Rosa, la hija de su patrón, cuando de pronto se da cuenta de que a quien quiere es a ella. Va a besarla, pero Rosa, le pide primero que deshaga su compromiso con la otra, y Leibel corre a casa del Schadchan y le declara que no desea casarse con la jorobada.

—¡Algo más pasa! exclama el agente matrimonial.

—Nada más que la joroba, dice el joven.

AHORA SIGA LEYENDO

CUENTO

POR

I. ZANGWIL

—Moisés Mendelssohn tenía joroba—pronunció Sugarman con acento de reproche.

—Sí, pero era un herético—respondió Leibel, que no era analfabeto.—Y luego, ¡era un hombre! Un hombre aun con dos jorobas encontraría una mujer para cada una; pero una mujer jorobada no puede esperar tener un marido.

—No hables mal—aconsejó el Schadchan, enojado.—Si todos tuvieran tu lengua, Lea Volcovitch no se casaría.

Leibel se encogió de hombros recordándole que las muchachas jorobadas, tartamudas y cojas, y que al mismo tiempo son bizcas, generalmente no suelen encontrar quien cargue con ellas.

—¡Tonterías!... ¡Estupideces!...—exclamó Sugarman fuera de sí.—No se casan porque no vienen en busca mía...

—¡Lea Volcovitch ha venido en busca de usted!... Pero no será para mí.

Al decir esto Leibel se levantó para marcharse.

Sugarman dejó escapar en seguida un suspiro de resignación.

—Está bien—dijo; te buscaré otra. No hay que hablar más.

—No, no se moleste usted—se apresuró a decir Leibel.

Sugarman dejó de comer de golpe.

—¿No quieres otra?—exclamó.—Pues tú habías venido para que te proporcionara una...

—Yo..., sí..., ya sé—balbuceó el cortador;—pero..., pero... he cambiado... de idea...

—La verdad es que contigo se necesita la paciencia de Hillel—afirmó Sugarman.—Pero de todos modos me habrás de pagar la comisión por el trabajo que me he tomado. No se puede suspender un encargo de ese modo, cuando ya las cosas están medio hechas. Tú te casarás o no te casarás con Lea Volcovitch, pero lo que es de mí no te ríes.

—No la quiero—repetía obstinadamente Leibel.

sabía yo que él era un ladino. Los dos me habéis engañado.

—¡No era esa mi intención!—respondió Leibel con amabilidad.

—¡No era esa tu intención! ¡Tú no debías haberme quitado ese asunto de las manos! ¿Con qué derecho has ido a pedir a Rosa Green?

—Yo no la he pedido—contestó con viveza Leibel.

—¿No has hablado con el padre?

—No, todavía no.

—Pues, entonces, ¿cómo sabes que ella te quiere?

—Yo... yo lo sé... —balbuceó Leibel, que perdía la cabeza y se sentía a la vez embustero y ladrón.

No sabía como habían pasado las cosas. La verdad es que no le había hablado de matrimonio; ni ella a él tampoco...

—Sin embargo; tú sabes que te aceptará—interrumpió Sugarman pensativo.

—¿Y ella? ¿Qué sabe ella?

—¡Oh! ¡Nos hemos arreglado los dos!

—¡Ah! ¿Sí?... ¿Y habéis hablado con el padre?

—Todavía no.

—Entonces, está bien. Yo conseguiré que dé el consentimiento—declaró Sugarman con decisión.

Sugarman lo miró de una manera recelosa, como si sospechara alguna cosa.

—¿No decía yo que algo pasaba?

Leibel se sintió culpable.

—¿Qué es lo que usted se figura?—le interrogó desesperadamente.

—¿No habrá alguna muchacha de por medio que te convenga más?

—¡Psé... psé!—hizo Leibel, fingiendo reflexionar.—Se me ocurre si Rosa Green, allí donde yo trabajo...

Se detuvo bruscamente.

—No creo que eso pueda arreglarse—declaró Sugarman.—La tengo en mi lista, su padre la ha hecho inscribir hace algunos meses; pero es exigente, y la muchacha, por su parte, también se muestra difícil.

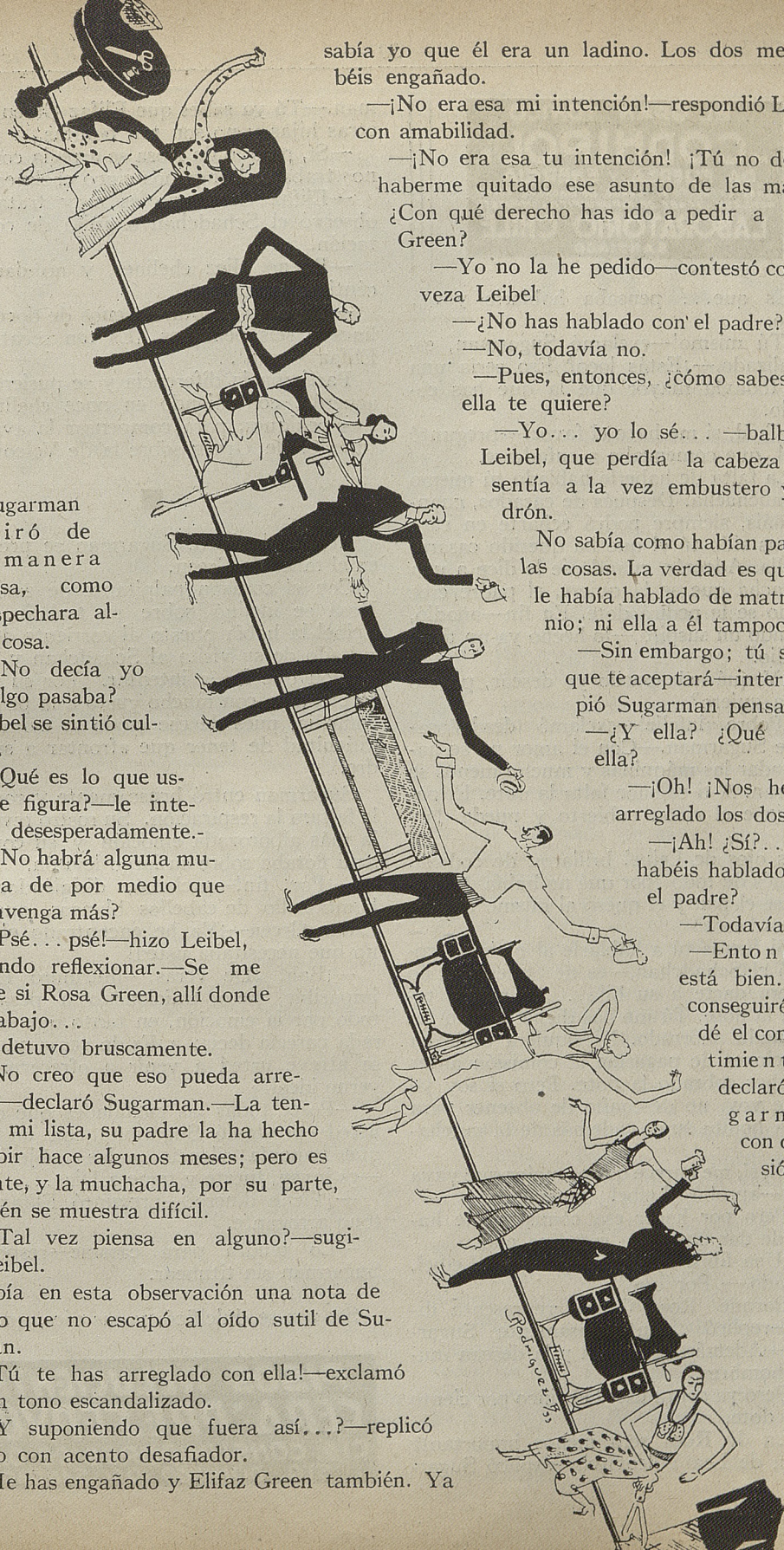
—¿Tal vez piensa en alguno?—sugirió Leibel.

Había en esta observación una nota de triunfo que no escapó al oído sutil de Sugarman.

—¡Tú te has arreglado con ella!—exclamó con un tono escandalizado.

—¿Y suponiendo que fuera así...?—replicó el otro con acento desafiador.

—Me has engañado y Elifaz Green también. Ya





—Es que... pensaba hablarle yo... mismo.

—¡Tú mismo!—exclamó Sugarman, escandalizado.—¿Estás loco? Eso sería una falta todavía mayor que la que has cometido.

—¿Cuál, si me hace el favor?—preguntó Leibel, que comenzaba a enfadarse.

—La falta de haberle hablado tú mismo a la muchacha. Después de casados, cuando riñáis, siempre podrá echarle en cara que has sido tú el que ha querido casarse con ella. Además, cuando se le dice a una muchacha que se la quiere, el padre cree que no se le pedirá dote. En fin—añadió, lanzando un suspiro,—lo hecho ya no tiene remedio.

—¿Y qué más puedo yo desear, puesto que la quiero?

—¡Pobre infeliz!—exclamó desdeñosamente Sugarman.—Con el amor no se hacen andar las máquinas y mucho menos se compran. A ti te hace falta la dote. El padre tiene el riñón cubierto y puede dárte-la.

Los ojos de Leibel brillaron de codicia. Después de todo ¿por qué no había de asegurarse el pan y el queso al mismo tiempo que los besos?

—Si fueras tú a hablarle al padre—prosiguió el Schadchan,—es de temer que no quisiera darte a su hija... y menos todavía la dote. Tú me has dicho que no tenías nada ahorrado. Ni siquiera estás en condiciones de pagarme la comisión antes de haber cobrado la dote. Pero si soy yo el que voy, no desconfío de obtener para ti una bonita suma, además de la muchacha.

—Sí, sí, me parece que es mejor que yaya usted—aprobó Leibel vivamente.

—Pero por hacer esa comisión me harás de dar una libra esterlina más.

—¡Una libra esterlina!—exclamó Leibel, asustado.—¿Por qué?

—Porque Rosa Green representa dinero—replicó sentenciosamente Sugarman.—Además, es bonita y la desean muchos hombres.

—Pero ya cobra usted el cinco por ciento de la dote.

—La de Rosa será menos importante que la de Lea Volcovitch—explicó Sugar-

man.—Tú ya sabes que Elifaz Green tiene otras hijas y no son tan bonitas.

—Sí, pero lo de Rosa se arregla con menos trabajo. Pongamos cinco chelines.

—Elifaz Green no es muy tratable—observó el Schadchan a guisa de contestación.

—Bueno, diez chelines, y no daré un céntimo más.

—Y yo no aceptaré menos de doce chelines y seis peniques. ¡Es tan regateador Elifaz Green!...

Partieron la diferencia y se pusieron de acuerdo, conviniendo en once chelines y tres peniques, para compensar la avaricia superior de Green sobre la de Volcovitch.

Al día siguiente Sugarman se presentó en el taller de Green.

Con el corazón palpitante de emoción, Rosa se inclinó sobre su trabajo, pues Leibel la había puesto al corriente del resultado de su visita al Schadchan y de la gestión que iba a intentar. Por su parte se prestaba con mucho gusto a la pequeña comedia, pues de ese modo se evitaba la dificultad de tener que afrontar a su padre.

Sugarman entró bruscamente y como si le faltara la respiración. Su rostro revelaba la más alborozada emoción y su corbata azul flotaba sobre su largo levitón.

—¡Por fin!—exclamó, dirigiéndose al hombrecillo de cabellos blancos, que era Elifaz Green—¡Ya he encontrado el yerno que necesitaba usted!

—¡Bah! ¿De veras?—murmuró Elifaz, impasible, pero traicionado a pesar de todo por la emoción, en tanto que su mirada parecía decir: «¿Es de veras que aun se atreve usted a venir a ofrecerme un yerno ideal?»

—Posee todas las cualidades que desea usted—prosiguió Sugarman con un tono que imponía silencio a las objeciones:—es joven, fuerte y teme a Dios...

—¿Tiene dinero?—preguntó Elifaz con tono arrogante.

—Lo tendrá para casarse—respondió Sugarman sin titubear.

—¡Ah!...

Su voz se dulcificó, y sus pies, que ha-

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.



Lápiz para labios

YREA

Brillante, pero no gra-
SOSO ◇ ◇ ◇ ◇ ◇

Lo más firme en sus
cuatro tonos ◇ ◇ ◇

DISTRIBUIDORES

Droguería y Botica Klein

HUERFANOS ESQ. BANDERA
AHUMADA ESQ. HUERFANOS

cían andar la máquina—pues el cosía también a la máquina para darse la satisfacción de pagarse a sí mismo, el salario de un obrero, —sus piés quedaron inmóviles.

—¿Cuánto tendrá?

—Me figuro que tendrá cincuenta libras y lo menos que puede usted hacer es darle otras cincuenta—respondió Sugarman con ambigüedad.

Elifaz comenzó por menear la cabeza.

—Sí—añadió Sugarman; —lo hará usted así que sepa el hombre excepcional de que se trata.

El color que la confusión y la emoción habían encendido en las mejillas de Leibel se acentuó más aun, dando testimonio de su modestia, pues se veía obligado a oír lo que hablaban, a causa de haber parado la máquina del patrono.

—Dime, pues, de quién se trata—propuso Elifaz.

—Dígame antes si está dispuesto a darle cincuenta libras a un joven robusto, trabajador, piadoso, que tiene el propósito de montar un establecimiento de sastrería por su cuenta... ¡Usted ya sabe lo que ese oficio da!...

—¡A un hombre, así!—declaró Elifaz,

en una explosión de entusiasmo—le daré veintisiete libras y diez chelines!

Sugarman dejó escapar un gemido, mientras que, por el contrario, el corazón de Leibel, saltó de alegría en su pecho. ¡Cuatro meses de salario de una sola vez! Con veintisiete libras y diez chelines, podría seguramente adquirir muchas máquinas, sobre todo comprándolas de ocasión. Con el rabillo del ojo miró a Rosa, que no podía oír la conversación.

—Si no prometo por lo menos treinta libras, no vale siquiera la pena de que diga el nombre—afirmó Sugarman.

—Bueno... Bueno, ...¿quién es él?

Sugarman se inclinó para susurrar en el oído de Elifaz el nombre.

—¡Cómo! ¡Leibel!—exclamó el maestro saestre, indignado.

—¡Chist! No le dé usted a entender su alegría, porque si no será más exigente.

—Pero... pero... —balbució el padre fuera de sí—, yo conozco a Leibel, lo veo todos los días, y no necesito el Schadchan para que me indique a un hombre que tengo a mi lado... ¡Uno de mis obreros!

(Terminará en el próximo número.)

LOS COLABORADORES

FRANCISCO BULNES.—VIÑA DEL MAR.—Salvo el título, su cuento Ilusión y realidad, nos gusta. Tiene algo de muy agradable, algo simpático. Tiene ambiente y reminiscencias de los hermosos relatos de otra época. Lo publicaremos por cierto. Pero Ud. podía insinuarnos otros nombres, menos vulgares que Ilusión y realidad. Y más de acuerdo con el alma del relato. Esperamos su respuesta.

DANIEL ORTIZ PAIROA.—Hemos leído detenidamente sus versos. Ahí va nuestra respuesta: Goce, poema, demasiado colorado, con un color de alcoba, excesivo, exuberante, lleno de gritos y ronquidos a lo Espronceda. No está bien. Soñando con Ofelia, se caracteriza por su ausencia de ritmo. Igual que Agonía, que es un poema vacío, que no encierra emoción. Creemos que Ud. antes de intentar publicar, debe ensayar mucho todavía.

EDUARDO SERNA VALLE.—Bien su colaboración. Se publicará.

PEDRO CARR.—SANTIAGO.—Igual respuesta. Apenas tengamos espacio daremos sus Lentejuelas. Siga colaborando.

JORGE UGAZ BUTIE.—MAGDALENA DEL MAR (PERÚ).—El poema que Ud. nos envía revela en Ud. la presencia de un temperamento. La poesía en sí misma no nos satisface. Pero nos interesa por lo que deja entrever de su autor. Preferible sería que nos enviara algo más breve, unos cuantos poemas, para elegir nosotros los más interesantes.

ALVARO LARA VALLE.—SANTIAGO.—Su cuento Cornetas de Pascua anuncia a un buen escritor. Con el tiempo Ud. aprenderá a relatar. Por ahora, está aprendiendo a emocionar. Se publicará, ciertamente, y con mucho agrado. Será el primer cuento enviado por un colaborador espontáneo que aparezca en «LECTURAS».

JUANA SIERRALTA.—ANTOFAGASTA.—Señorita, sus poesías han ido al canasto, no porque fueran malas, sino porque tenemos por principio no leer nada que venga escrito a mano. Envíelas escritas a máquina.

H. RAYMUNDO.

POEMA

Vigorosa nostalgia
que pesa aquí en mi espalda como una montaña.
Fué rubia como el trigo y buena como el pan...
Y pensar que fué mía,
que como la montaña de mi melancolía
gravitó su ternura sobre mi corazón...
Fué rubia como el trigo y buena como el pan.

Quién hubiera pensado
que sus ojos dolidos y repletos de océano
se quebraran, de súbito,
en la prora filuda de mi brusca emoción,
como se quiebra un mástil
como se quiebra un grito,
como se quiebra un beso marinero de amor.
Fué rubia como el trigo y buena como el pan.

Así cayó el velamen del bajel de su vida
que abordara el corsario salvaje de mi amor.

Pirata sin leyenda,
después tiré el puñal y me volví poeta...
¿Para qué derramaban más sangre mis galeras
si ella, la del cabello como las sementeras,
no lloraba conmigo después de mis derrotas
ni me besaba nunca cuando era el triunfador?...

Así cayó el velamen corsario de mi ensueño
y amaneció esta angustia sobre mi corazón.

Cárceles de mi espíritu
donde ahora se recluye la nostalgia homicida...
Hospitales de mi alma
donde agonizan, tísicas, todas mis ilusiones...
Manicomios frenéticos
de mis versos de amor donde aun grita el recuerdo...
Panteones de mi anhelo
donde Ella quiso alzar la cruz de mi derrota...

Velámenes... recuerdos... rutas... Aldebarán...
Fué rubia como el trigo y buena como el pan.

RODRIGO RODRÍGUEZ SAN MARTÍN.

LA JAULA DE LAS CINCO MIL FIERAS

Maurice Dekobra visita la prisión de Sing-Sing, donde tienen hospedaje los bandidos de todos los países del mundo.—La vida de los presos

EL sistema penitenciario norteamericano se ofrece como eterno tema de discusión a los moralistas en general y a los europeos en particular. Podemos preguntarnos, por ejemplo, si es que vivimos en un mundo al revés, cuando leemos en un rotativo el anuncio siguiente:

FIESTAS DE NAVIDAD EN LA PRISIÓN DE SING-SING

Durante la semana de Pascua se representará en la mencionada prisión la comedia musical titulada «Jesse James», bajo los auspicios de la Liga para la protección de los penados. En el reparto de la obra tomarán parte setenta y cinco presos de verdadero talento dramático. Las representaciones serán nocturnas y completamente públicas.

Ciertamente, aun no estamos lo bastante civilizados, en París, Londres o Berlín para ofrecer al público *La viuda alegre* representada por la Compañía de la *Santé*, o la última tragedia de Wedckling desempeñada por la gente del bronce de Plostensee. Ello no impide que los yanquis hayan tenido el año último graves desazones con su población penal. Innumerables motines carcelarios han ensangrentado los presidios. En verdaderas batallas campales lucharon, frente a frente, ametralladora en mano, guardianes y presidiarios. ¿Para qué sirven entonces las Ligas para la protección de los penados?

Otras anomalías. ¿Qué sorpresa no experimentarían nuestros magistrados si leyeran en la sección de Tribunales, que mister Plantages, riquísimo empresario de teatros, ha sido condenado «de uno a cincuenta años» de prisión, por tentativa de violación de una bailarina de diez y seis años; que mister Walton, saltador de hoteles, fué condenado «de uno a cinco años» de cárcel en el Estado de Missouri; que la mujer del sentenciado solicitó y obtuvo del tribunal compartir la prisión con su marido; que después de un año de cautiverio el saltador se fugó, dejándose olvidada en la cárcel, a su amantísima consorte, y que ésta, por disposición judicial,

continuó prisionera, costándole gran trabajo recobrar la libertad!

Estos ejemplos, entre cien más, prueban que la represión del delito en los Estados Unidos, presenta cierta originalidad. Acuciado mi interés por tal hallazgo, he solicitado de mister Jack Holchan, director del establecimiento penitenciario más importante del Oeste, autorización para visitarle. Y puedo decir de antemano que no he perdido el viaje.

La prisión de San Quintín se halla situada en el interior de la bahía de San Francisco. Los alrededores son pintorescos, alegres, idílicos. Es cosa de preguntarse si se va a visitar un presidio o un casino de la Riviera.

Mister Jack Holchan es el *gentleman* más simpático y más cortés del mundo. Cuando me presenté a él acababa de recibir a dos elegantes damas, que habían ido a pedirle algo sorprendente para nosotros: la libertad, bajo palabra, de sus respectivos esposos, condenados a siete años de prisión correccional. Con objeto de que mis lectores no se hagan cruces al leer este detalle, diré que todo condenado de «uno a diez años» de encierro queda libertado automáticamente transcurridos seis años y seis meses. Pero desde que ha cumplido el primer año de clausura puede ser puesto en libertad, bajo palabra de ser persona formal, si ha observado buena conducta y si el Consejo Superior de la prisión le concede esa gracia. Esta elasticidad en la duración de la pena se aplica incluso a los homicidas (crimen de segundo grado), que por lo general son condenados «de cinco a diez años de prisión». Solamente los asesinos (crimen de primer grado), condenados a muerte o reclusión perpetua, sufren sin atenuaciones todo el rigor de la pena.

El caballero mister Holchan me enseña su estadística cotidiana. La prisión de San Quintín tiene 5,000 reclusos; de ellos, 124 mujeres. Entre los penados hay blancos, negros, chinos, japoneses, pieles rojas, hawaianos, filipinos e hindúes.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

Después de un *lunch-express*, servido en el restaurante de la prisión por un penado, elegantemente uniformado de blanco (este individuo era un homicida de segundo grado), me mostró el director el servicio de incendios. Un presidiario hacía la limpieza de las bombas. Para distraer su penosa faena se entretenía mascando *chicles*. Con familiaridad un tanto excesiva saludó a sí a su jefe:

—¡Hola, director!

Siguió la presentación:

—Mister Kid Mac Key, campeón de boxeo, *internado*... *Monsieur* Dekobra, escritor en libertad.

Estrecho la mano del famoso púgil. El director desliza a mi oído, al separarnos del presidiario:

—Está aquí por homicidio... Es un muchacho muy amable. Le gustan extraordinariamente los incendios.

—¡Caramba!... ¿Y por qué?

—Porque se sacan las bombas, y eso le distrae mucho.

Atravesamos verjas y puertas blindadas dentro de la prisión propiamente dicha. Los penados no usan el uniforme listado que inmortalizó Charlie Chaplin. Visten traje gris y llevan gorra inglesa o sombrero flexible. Su aspecto es el de gente que no se aburre. Sugieren más bien la idea de una fábrica que la de un penal. Ciertamente, no domina aquí el sombrío ambiente de la *Ballad of Heading Gaol*. En un inmenso taller, quinientos presidiarios tejen lienzos y fabrican sacos de yute. Al ponerse el sol, después del paseo en patios vastísimos, la población penal se reintegra a las enormes edificaciones donde se hallan las jaulas. Porque he de advertir que los presos no están alojados, en celdas del tipo europeo. Son verdaderas jaulas, con reja de gruesos barrotes. En cada jaula hay dos literas superpuestas y un lavabo. Al sonar la sirena de la cárcel, los mil detenidos de cada pabellón en posición de firmes ante la puerta de las jaulas, abren y penetran en su encierro. Los vigilantes pasan y echan los cerrojos de seguridad. La mejor comparación que puede hacerse de esos centenares de jaulas superpuestas en los cuatro pisos del pabellón es la de innumerables ratonerías colgadas en un granero.

—¿Dónde están reclusos los condenados a muerte?—pregunte.

El director me indica la serie de celdas llamadas *Condemned Row*. Está en el primer piso de un edificio central, rodeado de floridos arriates.

—Aquellas ocho ventanas abiertas sobre la terraza son las del último alojamiento en este mundo del condenado a pena capital. A esta hora juegan a las damas con sus guardianes, en el patio.

—¿Y el lugar de las ejecuciones?

—Sígame y lo verá.

Penetramos en otro cuerpo de edificio. En el centro del mismo se encuentran las *Death cells* (celdas de la muerte). Hay dos que no tienen moblaje alguno. Ordenada la ejecución del condenado, es conducido éste al *Condemned Row*, a la celda de la muerte, donde ha de pasar, bajo la estrecha vigilancia de sus carceleros, dos noches y un día. Al mediar la segunda noche preséntase el verdugo, que en pocos segundos le inmoviliza los brazos y manos, sujetándoselos con fuertes correas. Efectúase entonces la lectura de la sentencia por el director de la penitenciaría. Firmada aquella por el reo, sobre cuya cabeza cae seguidamente negro capuchón, es lle-

POMPAS FUNEBRES

BENEFICENCIA PUBLICA

LA MEJOR FABRICA EN EL
RAMO—URNAS FINAS Y META-
LICAS — ATAUTES DE TODOS
PRECIOS

SERVICIOS COMPLETOS,
FUERA DE TODA COMPETENCIA

ABIERTO DIA Y NOCHE
SAN ANTONIO N.º 456,
— Teléfono N.º 89274 —



Simpático grupo de presidiarios de Sing-Sing. Hay de todas las razas, de todos los colores. Vedlos tejiéndose chalecos de lana para el invierno

vado, sin pérdida de tiempo, a la celda donde se encuentra dispuesta la horca. El ejecutor de altas obras ajusta el nudo corredizo al cuello del condenado, después de colocar a éste en el mismo centro del siniestro escotillón por donde ha de hundirse en la Eternidad.

Cuando todo está a punto (en lo que no se ha invertido más de treinta segundos), el verdugo levanta el brazo. Y entonces se verifica una singular maniobra, ejecutada por tres funcionarios del penal, sentados en una caseta de madera contigua a la horca.

Cada uno de los mencionados guardianes tiene delante de él una cuerda en tensión. De las tres cuerdas *sólo una* hace actuar el mecanismo de báscula, mediante el cual se abre bruscamente el escotillón. Las otras dos cuerdas no sirven para nada, salvo para que ignoren los operadores cuál de

ellos es, en realidad, el que envía al criminal al otro mundo. A una señal del verdugo, los operadores cortan al mismo tiempo con un cuchillo la cuerda correspondiente. Una de ellas deja caer la pequeña plataforma que sostiene al reo, y el cuerpo de éste desciende de un golpe al foso insondable... El ejecutor no ejecuta, por lo tanto. Da muerte al sentenciado uno de los tres funcionarios, que ignorará siempre que fué el instrumento de la vindicta pública.



Al salir del siniestro pabellón, volvimos a pasar por el departamento donde se halla el servicio de incendios. El boxeador Kid Mac Koy continuaba limpiando los dorados de una bomba. Y para amenizar su trabajo, silboteaba una cancioncilla de moda en los *cabarets* neoyorquinos.

SEÑORES AUTOMOVILISTAS:

ACUDAN AL

GARAGE AURELIO POZO ROCUANT

SITUADO EN DELICIAS 1569 -- TELEFONO 65271

Encontrarán atención esmerada y personal competente.

— ABIERTO DIA Y NOCHE —



CINEMA

Mary Dressler, la más vieja estrella del cine, ha logrado una gran conquista: la serenidad.

EN una cómoda poltrona, colocada en el umbral de una puerta abierta que recibía los dorados rayos del sol de mediodía, estaba Marie Dressler, sola.

Tras ella aparecía el escenario sonoro, oscuro, sosegado y desierto a la hora del almuerzo. Delante de ella se extendía el blanco asfalto de una calle del estudio, separándola del césped de un pequeño jardín sombreado de árboles que bordeaban la larga hilera de cuartos de vestir de los artistas.

Miss Dressler descansaba y saboreaba, en paz y quietud, el almuerzo servido en el asiento de una silla que tenía enfrente.

Jamás había visto a sola a Marie. Siempre está rodeada de gente, es el centro de la animación. La Marie a quien conoce el mundo es o bien la mujer brillante y aguda, la actriz innata, con una salida jocosas y una ingeniosa respuesta para todos, o la mujer distinguida, sincera, comprensiva, de las veladas tranquilas junto al fuego de la chimenea de su agradable y acogedor salón.

La Marie sentada al sol en el umbral de aquella puerta era una señora apacible, de edad madura, reposada, y pensando probablemente en el pasado. Había algo de conmovedor y patético, a la par que hermoso, en esta mujer que a los sesenta años continúa divirtiéndose al mundo y trabaja hombro a hombro con jóvenes de veinte y treinta... sin dejarse tomar la delantera.

Levantando los ojos, me vió allí de pie ante ella y me hizo seña de que tomara una silla a su lado.

—Hagamos aquí la tertulia—me invitó cordialmente. Está tan agradable el sitio, tan tranquilo y soleado.

—No quisiera molestarla...— comencé. La verdad es que parecía casi un sacrilegio interrumpir la paz de una de las pocas horas de descanso en la vida atareada de Marie Dressler. Si no me hubiera visto, me habría regresado silenciosamente sin hablarle.

—¿Molestarme?—replicó, con voz tan placentera como su sonrisa—. No me molesta usted absolutamente. Me gusta holgazanear un poco y charlar en días como este.

Todo lo dice Marie en tono decidido, convincente. Su voz, de timbre cálido lo mismo que su risa, establece inmediatamente una corriente de simpatía en sus oyentes.

—No se preocupe de molestarme. Todo el mundo me mimas demasiado. Se creería que soy una muñeca de porcelana, envuelta en algodón, a juzgar por los cuidados con que regalan—dijo, pretendiendo hacerlo en son de queja; mas cualquiera podía ver en la dulzura de su mirada y en la sonrisa que levantaba las comisuras de sus labios que se encanta con esos mismos.

Aun en la luz del mediodía, Marie estaba encantadora, con sus ojos claros y brillantes, su tez suave y maravillosamente exenta de arrugas. Los mimos le prueban muy bien.

Y así, «hicimos la tertulia». Es decir, Marie habló, mientras yo escuchaba, observando con sorpresa una especie de corriente de energía eléctrica que parecía



Janet Gaynor, la joven y deliciosa estrella de la Fox.

fluir a través de su cuerpo, transformándolo de la reposada mujer de hacía pocos minutos en una persona llena de la vitalidad, ordinariamente patrimonio exclusivo de la juventud.

—Estaba pensando en lo que se engañan a sí mismos muchos individuos que tratan de ser lo que no son—reflexionaba Marie,

enderezándose un poco en las profundidades de su silla—. La primera cosa que enseñaría yo a un hijo mío si lo tuviera, es el manejarse siempre con naturalidad. La sinceridad es lo que da mejores resultados, después de todo. Instintivamente nos apartamos de aquellos que sabemos que están representando un papel.

Wallace Beery, por ejemplo, es de aquellas personas que conservan siempre su propia manera de ser. Nada ni nadie puede cambiar a Wally. Es el mismo Wally, ya hable con uno de los tramoyistas del estudio o con el director de algún banco. Así pasa también con Polly Moran; y no creo que haya dos personas más queridas que ellos en Hollywood.

Con excepción de Marie, por supuesto. Recientemente, en un concurso de popularidad, Marie obtuvo un número enormemente mayor de votos como la persona más amada en la colonia.

Hablando de su casa, de su nueva y hermosa mansión de ladrillos rojos, frescas praderas, viejos árboles y jardines floridos, relamíase casi de satisfacción.

—Figúrese usted—decía—que jamás se me hubiera ocurrido pensar que tenía tantas cosas hasta que mandé por las cajas y baúles que había dejado por todas partes. Nunca me decidía a tirar nada al canasto de deshechos... y ¿querrá usted creerlo? entre la miscelánea de objetos que había acumulado, encontré unas viejas vinagras de plata y un cuchillo de pescado con un borroso escudo de armas. De dónde vinieron, no lo sé; pero se encontraban entre las cosas de mi madre, de manera que imagino que debo tener un árbol genealógico escondido por alguna parte...

No es extraño que Marie encuentre buena la vida. No admite que sea de otro modo.

—Indudablemente que soy feliz—dijo sonriendo, en respuesta a mi pregunta—. ¿Y por qué no había de serlo?

—Tengo todo lo que es posible desear... Aun trabajo. ¿Cuántas mujeres de mi edad conoce usted que puedan tener la clase de trabajo que les gusta? ¿Qué otra cosa podría yo pedir?

Había terminado su almuerzo. Arrellanóse en la poltrona, saboreando el sol; y saludando con la voz y con la mano a los conocidos que pasaban por la calle del estudio.

Allí me despedí de ella, de esta Marie Dressler, invulnerable a la edad, penetrada de la sabiduría de muchos años arduos y vigorosos, y completamente en paz con el mundo.



BOLETOS DE BALNEARIOS

En vista de la gran aceptación que han tenido los BOLETOS BALNEARIOS, se seguirán vendiendo hasta el día Jueves 13. de Abril.

Aproveche Ud. el 50% de rebaja en los pasajes y tarifas reducida en los hoteles para pasar los últimos días de verano en:

Quintero
Papudo
Zapallar
Viña del Mar
Valparaíso
Cartagena
San Antonio
Llolleo
Pichilemu
Constitución
Termas de
Cauquenes.

**PIDA MAS DATOS
EN LA OFICINA DE INFORMACIONES**

BANDERA 200 ESQ. AGUSTINAS
::: TELEFONO 85675 :::

**LA EMPRESA DE LOS
FF. CC. DEL ESTADO**

UNA CRONICA DE SEMANA SANTA

En el fondo ¿fué Judas un traidor?

No era un avaro, ya que en su oficio de recaudador siempre se demostró como un hombre honrado.—Hasta el momento de la última cena, nunca se reveló tampoco como un mal discípulo.—¿Determinó la traición su falta de inteligencia?

PRETENDER, demostrar que Judas, el bandido, el prototipo del ladino, del ambicioso, y en fin de todo cuanto malo se puede tildar a un hombre, no fué un traidor es y será siempre, algo tan imposible como pretender hacer retroceder la corriente de un río; pero hay veces, ya sea por divagación o por simple pasatiempo, que uno se detiene a pensar en el caso y en medio de sus conclusiones se ve obligado a hacer hincapié en el misterio de este hombre que se llamó Judas de Iscariot. Fruto de esas horas de abstracción, a lo que nos rodea, son las líneas posteriores que, si bien es cierto son de una escuetez suma, no dejarán de tener su tinte de interés al referirse a un personaje de la talla del que se va a tratar...

Papini ha dicho que «sólo dos seres en el mundo han sabido el secreto de Judas: Cristo y el Traidor». Nada más encuadrado a la lógica; pretender lo contrario es sencillamente tratar de desmenuzar algo que no tiene ni tan siquiera un punto de principio, prueba de ello es que cientos de generaciones han fantaseado con el tema y el misterio sigue tal cual, sin que obre sobre él ni el ascendente grado de progreso alcanzado hasta la fecha. Siempre el nombre de Judas Iscariot permanece desafiantemente indescifrable; orgullosamente envuelto en una nube que no deja vislumbrar nada, absolutamente nada.

¿Judas un avaro? Nunca se le vió que mirara el dinero con ambición y es el caso que siendo depositario de las ofrendas, jamás el manejo de ellas dejó nada que de-sear. Se le acusa de haber vendido al Maestro por treinta monedas, impulsado por su avaricia sin límites. ¡Treinta monedas!, en moneda corriente actual no pasan de ser mil pesos comparados con su valor adquisitivo de aquel entonces. ¿Pudo Judas teniendo las ofrendas en sus manos, poseyendo el puesto de recaudador, y contando con la confianza de la comunidad, tentarse por treinta miserables monedas cuando podía substraer el dinero que hubiese querido?

¿Judas un mal discípulo? Todos están de acuerdo en afirmar que el hombre de Iscariot siempre acompañó al Maestro con sumisión admirable, con toda fe y, hasta el momento de la última cena, en que se tornó terco y huraño, fué igual como los demás apóstoles. ¿Puede creerse—

meditándolo bien—que Judas formó parte de los discípulos de Jesús sólo por saciar sus instintos de venganza? ¿qué pudo inspirársela?

Por último: ¿En el fondo fué Judas un traidor? Las corrientes de opinión en este sentido se dividen: unos creen que Judas fué siempre un extraviado y un individuo de malos instintos, otros suponen que ha sido un alucinado mental que, tomando para sí las prédicas de Jesús que decían que El debía morir para redimirnos; que su muerte era necesaria para salvar con su sangre nuestras culpas, sintióse llamado para proporcionar la manera de dar muerte al Maestro y creyó interpretar de este modo los designios divinos. Aun rueda una leyenda que dice que Judas tuvo un sueño y en él se le indicaba que era él hombre elegido para servir de instrumento en la muerte del que fué Divino Mártir del Gólgota.

No tratamos de inclinarnos en una ni en otra de las formas de pensar expuestas; solamente en este boceto queremos dejar traslucir una novedad en el asunto, y de esta triquiñuela nuestra, se desprende que Judas no fué un hombre de inclinaciones tan abominables como durante los siglos se le han reconocido, porque no hay avaro que no trate de saciar en una forma u en otra su fiebre por el dinero; no hay mal discípulo que no demuestre en un corto tiempo sus malas costumbres, y no delate su vida depravada; y no hay, por último, traición sin odio. Judas no traicionó por lucro, envidia ni odio; Judas traicionó porque no supo comprender al Maestro y además, seguro como estaba de la inmortalidad de Jesús, su falta de inteligencia, su poco alcance de criterio, su imbecilidad, en una palabra, lo indujo a conspirar contra su propio Dios.

Sin embargo, estas líneas no pasan de ser más allá de una partícula de grano de arena que se agregará al montón. Y el misterio de Judas seguirá tan obscuro como siempre; porque su traición es el crimen que se repite cada día y se cubre con el manto de la impunidad. Es la historia de las treinta monedas, en su esencia de significación, que no ha dejado de practicarse nunca.

EN LA AMERICA MISTERIOSA

LOS BLANCOS ROBAN A LOS INDIOS JIBAROS EL SECRETO DE LAS CABEZAS REDUCIDAS

Macabros procedimientos a que se somete el cráneo de un enemigo hasta dejarlo del tamaño de una manzana.—"Tzantza" llaman los jibaros a sus horrendos trofeos.

EN el mapa de la América del Sur hay aún vastos espacios sobre los que aparece la misteriosa designación «zona inexplorada». Quiere ello decir que sólo muy rara vez, y de pasada, holló el pie del hombre blanco la inextricable selva o la abrupta montaña. Larga y siniestra es la lista de exploradores o simples viajeros desaparecidos en la manigua sudamericana. Las enfermedades endémicas, las fieras y los mil insospechados peligros que oculta traidoramente el suelo inhospitalario para el que intenta sondear sus secretos, son implacables adversarios de todo intento de penetración pacífica.

Un explorador belga, el marqués de Wavrin, ha tenido la buena fortuna de recorrer sin daño alguno varios territorios escasamente conocidos en la región del Alto Amazonas, logrando realizar, durante una estancia de cuatro años, observaciones del más alto interés científico, sobre todo desde el punto de vista étnico. Resultado de esos estudios ha sido, en el orden documental, nutrida colección de fotografías relativas a los tipos más característicos entre las tribus de jibaros, a sus usos y costumbres, y a los lugares visitados.

No fué, ciertamente, operación fácil el registro gráfico de la exploración, pues ha de tenerse presente que el marqués de Wavrin, hubo de estar en íntimo contacto con tribus indias de extrema ferocidad, de las que, como es de suponer, nada bueno podía esperar en sus tratos.

Los misioneros que como vanguardia de la civilización se atrevieron a penetrar en la *jungle* sudamericana, escasa información pudieron obtener de la vida de los jibaros, debido ello a la implacable hostilidad de muchas de sus tribus, en pleno salvajismo, a la raza blanca.

Gente de un primitivismo absoluto, pues gran parte de ellas aun permanecen en la Edad de Piedra, lo único que hasta el presente han aceptado de la civilización, es el intercambio comercial, limitado a ciertos productos de escasa importancia, fósforos, cortaplumas, espejos, cacharros de cocina, collares de vidrios y alguno que otro objeto de adorno personal. Lo demás, por considerarlo superfluo, no les interesa.

Habitan estos indios jibaros, según Paz Soldán, en el Alto Marañón, entre el pongo de Mauseliche y la confluencia del Pastaza. Algunos etnógrafos llaman a esta región *jibaria*, situándola en un triángulo formado por la confluencia del Pastaza y el Marañón y la cordillera de los Andes al Noroeste. Es una vasta zona perteneciente al Ecuador, y que se encuentra próxima a la frontera peruana, Puéblanla innumera-



Complicados tatuajes con que adornan su cuerpo los indios boros que habitan en los Andes peruanos y que permanecen en constante estado de guerra con los jibaros.



Indios puros descendientes directos de los Incas, que habitan en la región fronteriza entre el Ecuador y Perú, y son frecuentemente víctimas de los ataques de los jibaros

bles pequeñas tribus, todas ellas comprendidas en la gran familia jibara.

La permanencia de cuatro meses entre esas tribus indígenas, integradas principalmente por los muratas, antipas, aguarnas y huambisas, ha permitido al explorador belga sorprender, aún arriesgando en ello la vida, uno de los secretos

más celosamente guardados por los jibaros; la desecación y reducción de las cabezas humanas que como fúnebre trofeo cuelgan de la cintura los guerreros en sus fiestas orgiásticas rituales. Porque ha de advertirse que estos indios ferocísimos, en perpetuas guerras con otras tribus, no se

dan por satisfechos con arrancar al enemigo vencido el pericráneo con su cabellera, cual lo practicaban los «pieles rojas» de la América del Norte, sino que, luego de dar muerte al adversario, en el combate, le cortan la cabeza y se la llevan a sus poblados para proceder a la preparación de la misma. Es ésta una operación secreta que llevan a cabo los magos-curanderos de la tribu, únicos poseedores del maravilloso procedimiento, que permite reducir el tamaño del cráneo humano desde sus dimensiones normales a su tercera parte aproximadamente, sin que los rasgos fisonómicos del muerto se alteren lo más mínimo.

La primera fase del macabro trabajo consiste en el deshuesado del cráneo, que se efectúa separando con admirable delicadeza las partes

blandas de la armadura ósea. Sométese luego la piel a un baño en agua hirviendo, al que se ha incorporado buen número de raíces y plantas astringentes. El curtido de la piel se prolonga el tiempo necesario para que aquélla se contraiga en la proporción antes mencionada; y una vez esto obtenido, se inyecta en la lúgubre bolsa por la parte correspondiente al cuello,

arena finísima calentada a alta temperatura, dándosele a la cabeza la conformación natural, sin prescindir del más pequeño detalle



Cráneos humanos reducidos desde sus dimensiones normales a su tercera parte por el misterioso procedimiento que guardan celosamente los jibaros ecuatorianos

del rostro para que conserve todo el carácter que tuvo en vida. Por último, cuando ya la desecación es

completa, se da la última mano a la fúnebre tarea, trabajando la piel con rodillos de piedra calientes, hasta darle el aspecto la inalterabilidad y la finura del cuero. El horrendo trofeo recibe de los jíbaros el nombre de *Tzantza*.

Estas cabezas en miniatura constituyen en las fiestas rituales de los jíbaros el más preciado de los adornos que puede ostentar un guerrero. No sólo acreditan de un modo convincente la victoria sobre el enemigo, sino que durante cierto tiempo sirve de fetiche protector al que lo posee.

El plazo no suele ser, en verdad, muy largo: en la generalidad de los casos, la influencia no beneficiosa del *Tzantza* apenas excede de una semana, con lo que el sanguinario jíbaro siente renacer la fiera dormida que hay en él, y sin darse punto de reposo, marcha al poblado vecino en busca de nuevo trofeo. No deja de sorprender que en las colecciones de *Tzantza*, conservadas

por los guerreros en sus chozas, figuran algunas de mujer.

Esto se explica, según el marqués de Wavrin, porque las jíbaras toman parte muchas veces en las batallas, luchando bravamente al lado de sus maridos. Si éstos son vencidos, siguen de una manera inexorable la suerte de los hombres, y sus cabezas, desecadas, van a adornar luego las cinturas de sus triunfadores. En cuanto a las esposas de los guerreros vencidos que no participaron en la contienda, pasan a ser de propiedad del vencedor.

Un buen combatiente jíbaro, reúne, a veces, hasta cuatro o seis esposas, con lo que posee el surtido indispensable para hacer frente a las contingencias de las luchas perpetuas mantenidas con ocainas, boros, piros, ucalíes y otras tribus que a veces ganan la partida a los jíbaros.

DR. M. UNGER.

BIBLIOTECA LETRAS

PUBLICACION SEMANAL

Las mejores Obras. Los mejores Autores. El mejor Precio

CADA NUMERO: \$ 2.--

NUMEROS PUBLICADOS

- N.º 1—El Pesador de Almas.—*Andre Maurois*.
- N.º 2—Historias Maravillosas.—*Edgardo Allan Poe*.
- N.º 3—A. M. D. G.—*Ramón Pérez de Ayala*.
- N.º 4—Justicia.—*Ladislao Reymont*.
- N.º 5—El Colono de Malata.—*José Conrad*.
- N.º 6—El Jardín Secreto.—*G. K. Chesterton*.
- N.º 7—La Leyenda de Madala Grey.—*Clemence Dane*.
- N.º 8—La destrucción de un corazón.—*Stephan Zweig*.
- N.º 9—El Séptimo Camarada.—*B. Lavrenef*.
- N.º 10—El Rostro Maravillado.—*Condesa de Noailles*.
- N.º 11 y 12—El asombroso viaje de Hareton Ironcastle.—*J. H. Rosny*
(el mayor)
- N.º 13—Marianela.—*Benito Pérez Galdós*.

Para pedidos de cualquier número de «Biblioteca Letras» diríjase, acompañando el respectivo valor en giro o estampillas de correo a:

EMPRESA LETRAS

CASILLA 3327—HUERFANOS 1041—SANTIAGO DE CHILE

leyendo para el lector

LAS BRUJAS.—POR A. ACEVEDO HERNÁNDEZ.—COLECCIÓN DE AUTORES CHILENOS.

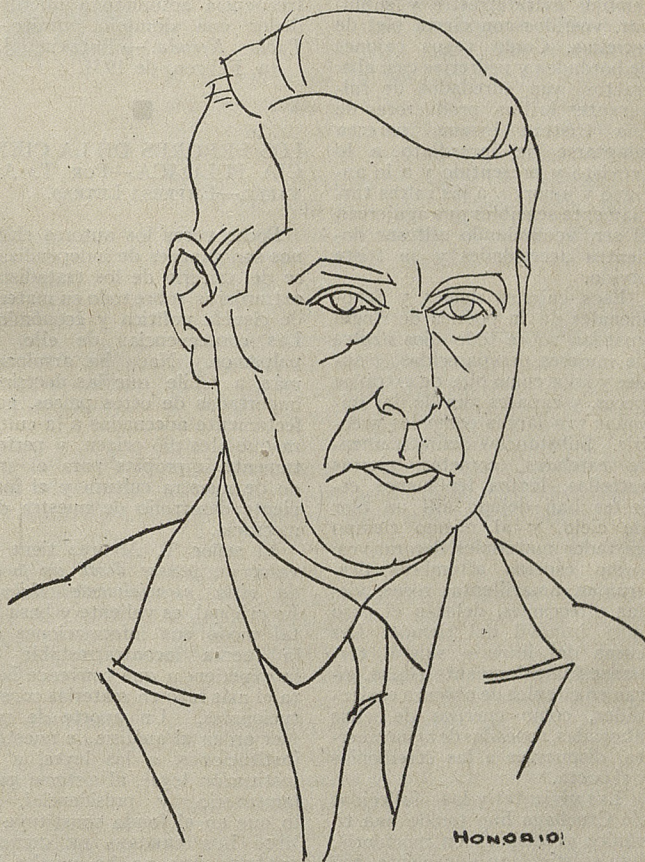
Edwards Bello, en las breves palabras de presentación que hace al autor, dice refiriéndose a su obra: «En la plenitud de su savia estoy seguro que aun no ha dado su obra maestra. Yo la espero con una fe entera. Me consta que la dará». Creo que ese «me consta» del prologuista es el mejor elogio que se puede hacer al autor. Es como una adivinación, y como una anticipada y gloriosa lectura de la obra que es capaz de producir Acevedo a corto plazo. No hay duda que Edwards con su gran talento, sabe decir muy bien las cosas.

Entre tanto, ¿qué son Las Brujas? ¿Cuentos? ¿Consejas populares? ¿Acaso leyendas? De todo tienen un poco. Yo que he vivido largos años en el campo, leo lo que al él se refiere con especial simpatía, con ese agrado un poco melancólico, de quien recuerda días más felices. En este libro encontramos muchos personajes conocidos. Hombres, animales, mujeres medrosas y crédulas en daños y maleficios; también en recetas prodigiosas que mejoran de las más terribles enfermedades, y en las cuales entra la ingenua fantasía popular, agregándoles como condición muy importante, detalles de color, y ubicación. Así en una receta de las «meicas» jamás faltan estos datos: «enjundia de gallina gira», se regíelve con polvos de almidón cortao, a las 12 de la noche, mirando para el Norte».

Si alguno de estos detalles falta, siempre será a causa de que el paciente fallezca. Acevedo Hernández conoce bien todo ese ambiente, y lo traslada a sus escritos con relieve, con gracia, con malicia y picardía bien criollas, que tienen, sabor y color de la tierra. El ve el campo a su manera, sin concederle ninguna importancia a los detalles del ambiente y del paisaje en que actúan sus personajes, que por lo demás, son bien chilenos. El lector que conoce y ama a esta tierra, encuentra con simpatía a muchos viejos conocidos que

desfilan por las páginas de este libro de Acevedo Hernández, que además de su valor literario constituye un valioso aporte documental de costumbres y de

musas está acolchada de tapices agrios y comúnmente, van a las Damas aderezadas de doloroso organdí. Duras y cristalinas, como verticales y sólidas



Cruchaga S. M.

tipos que ya van desapareciendo.—Luis Durand.

AFAN DEL CORAZON.—POEMAS DE ANGEL CRUCHAGA S. M.—CUADERNOS DE POESÍA N.º 4.—EMP. LETRAS.

Ni el que impreca con salud de foragido, ni el que llora con gran sometimiento quedan afuera de la casa de las musas poéticas. Pero aquél que ríe, ese está fuera.

La resistencia de las señoras

aguas son las murallas de la vivienda solemne. Y las cosechas de sus jardines no dan el resultado del verano sino que exponen la obscuridad de su misterio.

Esta es la manera y sacrificio de comenzar a frecuentar las estancias de Angel de Cruchaga y de Santa María y el modo de tropezar con sus números angélicos y digerir sus obstinados y lúgubres alimentos.

Como un toque de campanas negras, y con temblor y sonido

diametral y augur las palabras del mágico cruzan la soledad de Chile, tomando de la atmósfera sustancias diversas de superstición y lluvia. Devoluciones, compras, edad, lo han transfigurado, vistiéndolo cada día lunar con un ropaje más sombrío, de tal manera, que repentinamente visto en la Noche y en la Casa, siniestramente despojado de atributos mortales parecería, sin duda, la estatua erigida en las entradas del gran recinto.

Como anillos de la temperatura del advenimiento del alba del día del otoño, los cantos de Angel se avencinan a uno llenos de helada claridad, con cierto temblor extraterrestre y subllunar, vestidos con cierta piel de estrellas. Como vagos cajones de bordados y pedrerías casi abstractos, aun enredados de fulgurantes brillos, productores de una tristeza insana, parecen adaptarse de inmediato a lo previsto y presente y a lo antiguo y amargo, a las raíces turbiamente sensibles que agujerean el ser, acumulando allí sus dolientes necesidades y su triste olvido.

Esos cajones dulces y fenomenales de la poética de Angel guardan sobre todo ojos azules de mujeres desaparecidas, grandes y fríos como ojos de extraños peces, y capaces aun de dar miradas tan largas como los arcoiris. Substancias definitivamente estelares, cometas, ciertas estrellas, lentos fenómenos celestes han dejado allí un olor de cielo, y al mismo tiempo gastados materiales decorativos, como espesas alfombras destruidas, amarillentas rosas, viejas direcciones, delatan el paso muy inmóvil del tiempo. Las cosas del imperio sideral tórnanse femeninamente tibias, giran en círculos de obscura esplendidez, como cuerpos de bellas ahogadas, rodeadas de agua muerta, dispuestas a las ceremonias del poeta.

Las vivientes y las fallecidas de Cruchaga han tenido una tiránica predisposición mortuoria, han existido tan puramente, con las manos tan gravemente puestas en el pecho, con tal acierto de posición crepuscular, detrás de una abundancia de vitrales en tan pausado tránsito corpóreo, que más bien semejan vegetales del agua, húmedas e inmóviles florecencias.

Colores obispaes y cambios de claridad alternan en su morada, y estas luces duales se suceden en perpetuo ritual. No hay el peso ni los rumores de la danza en los atrios angélicos, sino la misma población del silencio con voces y máscaras a menudo tenebrosas.

De un confín a otro el movimiento del aire repite sonidos y quejas en amordazado y desesperante coro.

Enfermedades, y sueños, y seres divinos, las mezclas del hastío y de la soledad, y los aromas de ciertas flores y de ciertos países y continentes, han hallado en la retórica de Angel mayor lugar extático que en la realidad del mundo. Su mitología geográfica y sus nombres de plata como vetas de fuego frío se entrecruzan en su piedra material, en su única y favorita estatua.

Y entre los repetidos síntomas místicos de su obra tan desolada, siento su roce de lenta frecuencia actuando a mi alrededor con dominio, infinito.—*Pablo Neruda*.—Batavia, Javá, Febrero de 1931.

LOS ERRORES DE LA CIENCIA POLITICA.—POR T. ALVAREZ.—EMPRESA LETRAS.

Pocas veces los autores chilenos son capaces de independizarse del criterio de los tratadistas extranjeros, sobre todo en materia de ciencia política y económica. Las consecuencias de ello, lo palpamos. Nada ha arruinado más a Chile que las doctrinas importadas de otros países, perfectamente adecuadas a la cultura que les dió origen, y perfectamente impropias para el grado de nuestra cultura y el incipiente desarrollo de nuestra democracia.

El señor T. Alvarez tiene el valor de pensar desde un punto de vista esencialmente chileno. Es original, es valiente y basa de tal modo sus informaciones en la fuerza incontrarrestable de la experiencia que convence hasta el más lego en materias constitucionales. Un aporte de primer orden al análisis de nuestras instituciones, a las leyes, a la institución legal, al sistema parlamentario, y presidencial, es lo que en el fondo constituye el libro *LOS ERRORES DE LA CIENCIA POLITICA* que no ha mucho ha editado «EMPRESA LETRAS».

H. H.

¿A DONDE VA LA HUMANIDAD?—EMPRESA LETRAS.—Continúa en este volumen la obra de colocar ante el público elementos de juicio que le ayudan a orientarse en esta época de tribulaciones e inquietudes espirituales. Por eso acaba de publicar ¿A DÓNDE VA LA HUMANIDAD?, un libro que no ha mucho apareció

en la República del Norte con el título de «WHITHER MANKIND» y el que se analizan problemas de vida o muerte para la civilización.

El orientalista Hu Shib, el inglés Bertrand Russell y los norteamericanos Everett D. Martín y John Dewey dilucidan las cuestiones sociales, educativas y filosóficas de esta cultura que Spengler dice estar destinada a desaparecer «como las flores de los campos».

El libro es profundo, pero está escrito en un lenguaje al alcance de todos y en una traducción hecha con especial esmero por la señorita Irma Salas Silva, catedrática de educación en el Instituto Pedagógico.

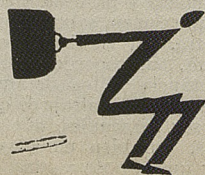
Apasionante, hondo, con un interés ideológico que no decae un instante, el volumen es una contribución de primer orden a la dilucidación de los pavorosos interrogantes de esta época.

LA PUERICULTURA AL ALCANCE DE TODOS.—POR LA DOCTORA CORA MAYERS.

La obra de la que fué en vida la Dra. Cora Mayers no ha desaparecido con su prematura muerte. Sus amigos, han reunido las lecciones de puericultura que dictó desde su puesto de profesora y de Directora de la Sección de Educación Sanitaria del Ministerio de Salubridad, y las prensas universitarias acaban de entregarlas al público en un libro.

Tiene este la virtud primordial de los tratados de divulgación: ciencia y sencillez. Es un auxilio de primer orden para las madres de cualquiera situación social, y la mejor ayuda para salvar al niño de los peligros que lo exponen los falsos conceptos sobre alimentación, las falsas prácticas tradicionales, la ignorancia, en una palabra, de todo lo que ha podido reunir de eficacia, el progreso de la ciencia médica moderna. Son lecciones que todas las madres deberían conocer, y estudiar para la salvación de su hijo y de nuestra raza. La distribución de la *PUERICULTURA AL ALCANCE DE TODOS* está a cargo de la EMPRESA LETRAS.

H. H.



¡aquí no sucede nada!

NOVELA

por

A. J. CRONIN

TRADUCCIÓN DE MARÍA ROMERO

(Continuación)

—Dígale a la señorita Andross que quiero verla. Después, cruzó la puerta y entró en su oficina que estaba inmediatamente fuera de la sala.

Ya en su pieza,—que demostraba sensibilidad y buen gusto—: en las ventanas visillos graciosos, en las paredes amarillas, un grabado y sobre la chimenea una fotografía en marco de plata de un pastor; en el escritorio, un florero lleno de violetas—Fanny Fanshawe cogió un lápiz del escritorio y comenzó distraídamente a golpearse los dientes. Sola, indefensa, parecía casi triste.

—¡Cómo odio—pensó—cómo aborrezco esta obligación que debo cumplir! Un golpe repentino en la puerta interrumpió el juego con el lápiz.

—Entre, ordenó Fanny y se pasó la mano por la cara como para suavizar su gesto.

Después de abierta y cerrada la puerta, la pieza dejó de ser la oficina de la señorita Fanshawe para servir de decorado a Doris Andross.

—Aquí estoy, señorita Fanshawe. ¿Me necesita?

—Síntese—invitó Fanny con voz amable.

Era un llamado insólito, que inquietó a la joven enfermera. Se siguió un silencio mientras se sentaba.

—Comenzaré diciéndole que procure es-

tar en armonía con mi personal. Nunca olvido que yo también estuve a prueba. Me gusta ser justa. Ud. está aquí desde hace tres meses y parece que no nos entendemos. Creo que está mala inteligencia comenzó cuando le pedí que no viniera al trabajo con medias de seda. Le expliqué que era regla del establecimiento usarlas de lana. Le pareció mal. A la semana siguiente, tuve que pedirle que no llegara empolvada a la sala. De nuevo me

di la molestia de asegurarle que eso era, simplemente, cuestión de disciplina. Dios sabe que no tengo nada en contra de los polvos ni de las medias de seda. Puede llevarlos, libremente, fuera del hospital.

—Creí que eso había terminado, señorita Fanshawe, contestó Andross con voz ligeramente ronca. Contra su voluntad, Fanny se ruborizó.

—Trato de demostrarle—respondió con naturalidad—que he sido complaciente con usted. Pero usted sabe, perfectamente, que una cosa ha venido trás de la otra. Su trabajo no es satisfactorio. Anoche le rogué que preparara la solución de percloruro antes de retirarse, y no lo hizo. ¿Cómo quiere seguir trabajando si se conduce así?

—No tengo para qué seguir trabajando—dijo Andross—no pienso ser enfermera toda mi vida.

—Esa es una respuesta tonta—comentó Fanny, haciendo un esfuerzo para mantener su trono tranquilo—y ajena al asunto.

—Tal vez usted la encuentre tonta, porque no me quiere. —Hubo una audacia desembozada en sus palabras.

—¿No la quiero?

—No, señorita Fanshawe—murmuró Andross—. Siento como si usted tuviera algo en contra mía.

—Si yo fuera usted, no hablaría así. Le dije al comenzar, que me gustaba ser justa.

ORO-PLATA

COMPRAMOS AL MAS ALTO
PRECIO DE CHILE

MONEY EXCHANGE
BANDERA 220



—Lo lamento—insistió Andross—pero no puedo coincidir con Ud. Siempre pienso que a Ud. le agradaría que me fuera de la sala.

—Soy más complaciente con Ud. de lo que se merece—agregó friamente Fanny. —Pero entiéndame, no estoy dispuesta a hacer más concesiones. Tengo que hacer marchar mi sala. Y lo haré como debo.

Se produjo un silencio breve y violento. Andross dejó caer las manos en la falda y la miró con detención.

—Si señorita Fanshawe—exclamó friamente, y una leve sonrisa pasó por su cara. Lo siento, lo siento.

—Eso es todo. Vaya y prepare esa solución. Y no olvide que yo sé lo que digo.

—No señorita Fanshawe—por cierto que no lo olvidaré.

¿Contestó con ligero énfasis irónico? Era imposible precisarlo, porque ya la puerta se había cerrado y la enfermera Andross no estaba ahí.

Fanny permaneció inmóvil. Después levantó bruscamente la cabeza y sus ojos cayeron sobre la fotografía con marco de plata. De pronto, experimentó una sensación repentina. Su padre había sido siempre recto y decidido.

Había resolución en su gesto. Siempre cumplió su deber en la mejor forma,—realmente hizo todo lo posible por encarar una situación aflictiva—, a pesar de lo cual seguía oprimiéndola en forma intolerable. Pero, tal vez se equivocaba; tal vez, no había tal situación insoportable. No podía existir. Era imposible y absurdo.

Fanny seguía inmóvil. Su actitud, tan extática, había adquirido una extraña intensidad dramática. cuando la puerta se abrió, y, sin golpear, el cirujano residente se introdujo en la pieza. Sonreía satisfecho y descuidado. Esa sonrisa, formaba parte de su personalidad, junto con el brillo de su cabello bien cuidado, la pulcritud de su vestir; todo inseparable, de Freddie Preston, y que daba la impresión de que el doctor Freddie era correcto, absolutamente correcto.

No había otra palabra para describirlo: ¡correcto! Le venía bien y él lo sabía.

¿Puedo entrar?—preguntó, mientras sacaba de su cigarrera de oro, plana, lisa y discreta.

—No.

—Entonces no lo haré—respondió buscando una cerilla en la chimenea—, muchas gracias.

Ella se había esforzado por disipar su gesto y recuperar la sonrisa; pero no era necesario. Reía porque sí.

—Eso está mejor; a primera vista, me resultaste desalentadora.

—¿Eso significa que necesitas estímulo?

—¿Valor? No. Me siento muy bien esta mañana. ¿Quieres un cigarrillo?

—No puedo, estoy en servicio.

—Siempre la inspectora impecable. No, siempre no. Hizo un gesto y calló; por eso hubo en el silencio familiaridad y tirantez.

De repente, Fanny deslizó las manos en el bolsillo. Casi lo olvidaba—exclamó. «Hay una carta para ti. Llegó mezclada con la correspondencia de los pacientes. El mozo, de nuevo, supongo.

—¡Qué torpe es ese muchacho!»—exclamó enojado. «Hace dos meses que estoy de residente y todavía no puede llevarme la correspondencia a mi pieza sin dar un rodeo». Riéndose para ocultar su molestia, aceptó la carta y la miró con exagerada displicencia.

—De Closeminster, ¿no es eso?—preguntó ella con afectada calma. «Vi la estampilla. No lo hice intencionalmente».

—Sí, sí. Se metió descuidadamente, la carta en el bolsillo. Nada de importancia. Puede esperar.

Ella no contestó y se siguió una pausa incómoda. Después, como si para volver al otro mundo se necesitara un cambio radical de tema, dijo incisivamente:

—A propósito de la sala: tengo dos cosas en la memoria. Primero, el número 13. Ahora está bien; pero presiento que nos está preparando grandes molestias.

El aceptó, inmediatamente, este tema de refresco. «Sí, es un pájaro de cuentas. Un verdadero diablo».

—¡Diablo!—contestó ella lentamente.

¿Cómo te sentirías si una loca te echara medio litro de vitriolo en la cara?

El hizo una mueca.



—Sé complaciente, Fanny. Acabo de tomar desayuno. Otra palabra agria y me entro a un convento. Se detuvo y como viera que la cara de ella seguía imperturbable, agregó rápidamente: Bien, veré a la número 13.

—Gracias. Ahora vamos a lo principal. Operamos a la 16, hoy.

—¡Ah! ¿De veras? Será un trabajo feroz...

Lo miró gravemente. ¿Piensa todavía, sir Walter...?

El frunció las cejas y la interrumpió.

—Sí, Tío Walter piensa todavía—, benditas sean sus canas— agregó bromeando. ¿Por qué te preocupas, querida? Todos moriremos un día. Y tío Walter tiene una manera tan gentil de hacer las cosas.

Le incomodaron su tono, sus maneras, ese epíteto de «tío», — perfectamente burlesco, — que dedicaba a Selby, y declaró: —¡Te aborrezco cuando te pones frívolo! Necesito que la 16 mejore. Es tan valerosa. Este caso debería ser para Barclay.

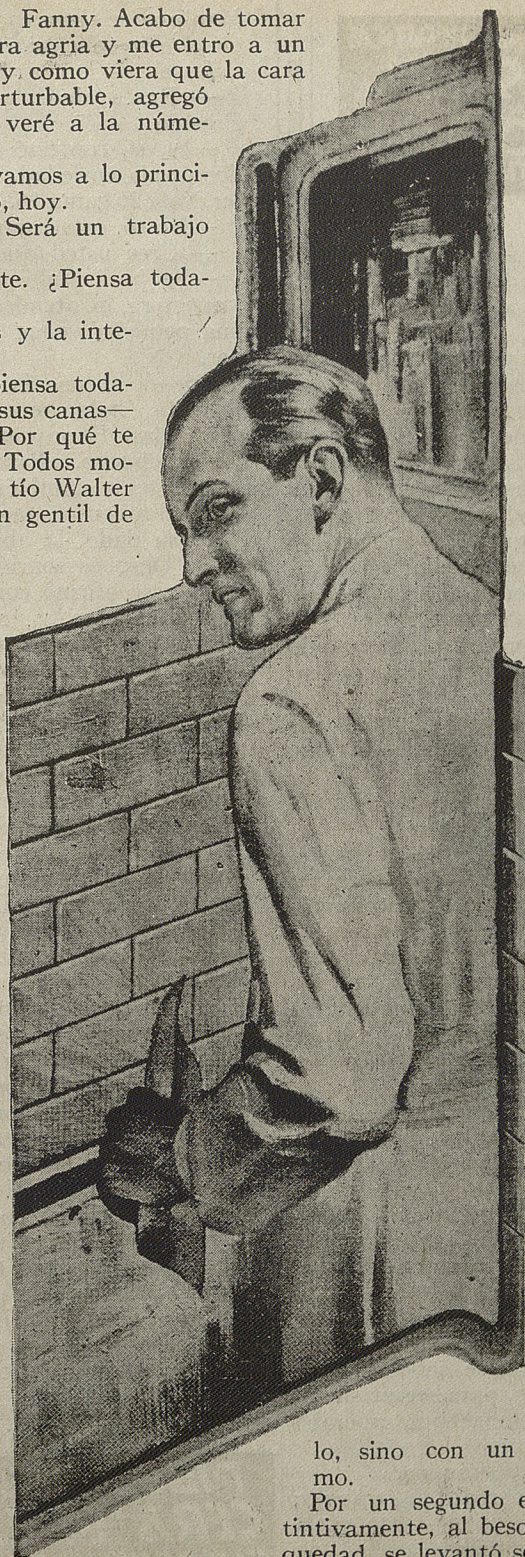
—Walter fué cirujano hace veinte años. Ahora es un viejo ilustre. Trabaja hasta el fin. Le dije a Barclay que él debía operar. Es un caso para un hombre brillante o para nadie.

Preston silbó. Ahora está de moda el segundo jefe. El bulldog Barclay, es más bien divertido; ese es un bulldog.

—Cuida que no te oiga. Podría hacerte la cara de una bofetada.

Preston se rió.

—No seas tan apasionada, querida. ¿O es que ahora sientes debilidad por Barclay?



Ella se ruborizó y se mordió los labios. Había sido tan agitada la mañana, que se sentía molesta y nerviosa. Y después, esta frivolidad ridícula de Freddie.

Eso es muy bajo. ¿No crees?

El botó el cigarrillo y se le acercó sonriendo.

—¿Sinceramente, no quise molestarte.

Ella lo miró, y sus ojos se tornaron repentinamente tiernos, con lo que la atmósfera cambió.

Freddie — dijo con un suspiro.— Freddie.

—Pero, Fanny..., contestó él.

—Todo me ha resultado tan difícil ahora último. No sé por qué.

El se sentó en el brazo de su sillón, y le tomó la mano. La tibieza suave de sus manos lo había fascinado desde el principio y una ola de esa antigua impresión lo invadió de nuevo. ¡Lástima que ella tomara tan en serio las cosas! Sin embargo, era realmente encantadora. Algunas cualidades suyas lo atraieron siempre. Repentinamente la besó; pero no por fórmula como había pensado hacer-

lo, sino con un inesperado entusiasmo.

Por un segundo ella correspondió, instintivamente, al beso; después, con brusquedad, se levantó se acercó a la ventana y miró al patio. Ya había dos coches en la vereda opuesta.



—¿Estamos de acuerdo?, preguntó él siguiéndola.

Serenada a medias, ella movió la cabeza.

—Pero tú sabes... yo no..., balbuceó, inarticuladamente. Después continuó: Los dos trabajamos aquí mismo. Eso me molesta. Está todo tan mezclado. Sé que nos queremos; pero esto de encontrarnos a cada paso, en todas las esquinas; de mezclarnos, tú en mis quehaceres y yo en los tuyos, realmente me molesta. Además, ahora último, tú no eres el mismo; está evasivo, aún insincero. Tengo el horrible presentimiento que me esquivas...

—Santos cielos,—protestó, intentando abrazarla. Dame una oportunidad de encontrarte.

—Oportunidad, repitió ella, ¿no sabes que fuera del trabajo tienes todas las que quieras?

Le oprimió el brazo y asintió.—Lo sé, Fanny.

Se produjo un silencio que se habría hecho rápidamente desagradable; pero, en ese momento, otro automóvil cruzó la verja.

—Ahí está «tío Walter», dijo en el acto Preston, como quién despierta a la conciencia de una enorme responsabilidad. Es tiempo de que vuele a encontrar a ese pájaro viejo. Se enoja si no lo recibo con los honores reales.

Mientras iba hacia la puerta, le dirigió una de esas miradas rápidas y espontáneas, que ella conocía tan bien; después de un breve «hasta luego», salió de la pieza. Por el rabillo del ojo vio a la enfermera Andross que salía del repostero, con una bandeja y, por un instante, ella pareció verle también.

Preston tuvo una expresión extraña. Se diría que sonrió; pero sonreía tan a menudo que era imposible saber si esta vez lo hizo. Al volverse, para seguir su camino, chocó con un hombre que esperaba en el corredor.

¡Hola, hola! dijo recuperándose.

El muchacho usaba ropa de trabajo; camisa de franela gris, zapatos de suela gruesa, pantalones de mezclilla azul y una gorra oscura que estrujaba entre las manos callosas. No llevaba chaqueta y de sus

hombros se desprendía un poco de vapor en el aire caliente.

Lo siento... perdone, señor, musitó.

—¿Busca algo?, preguntó amablemente Preston.

—Sí, sí, contestó con los ojos agrandados por la ansiedad. Vengo a ver a mi mujer. Sala 26 cama 16. Va a ser... va a ser...

—No sé, interrumpió Preston.

—¿Cree usted que mejorará?

—Se hará todo lo posible. Entre. La inspectora lo atenderá. Después de hacer una pequeña venia, se perdió en el corredor.

Era—lo reconocía satisfecho—la actitud correcta; había encontrado las palabras adecuadas. Fanny se preocuparía del pobre muchacho. ¿Para qué crearse conflictos? El tenía, también, sus preocupaciones.

En el ascensor, sacó la carta que Fanny le había dado, la abrió y la leyó con interés. Después sonrió, la dobló con prolijidad y se afirmó contra una de las paredes del aparato.

Mientras esperaba la llegada de sir Walter en el ascensor, un hombre bajo y macizo se adelantaba precipitándose por la escalera. El hombre no estaba apurado; tenía, simplemente la costumbre de subir los escalones de tres en tres, a saltos poco elegantes, para conservarse en buenas condiciones. Al llegar al vestíbulo comprobó, satisfecho, que no había perdido el ritmo de su respiración. No está mal a los 38 años, pensó. Después, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, se metió en la pieza cuya puerta rezaba: Dr. James Barclay. Cirujano-ayudante.

Era un pequeño departamento, amoblado sin pretensiones; simplemente una antesala estrecha de la pieza del jefe, a la que estaba unida por una pequeña puerta, abierta en ese momento.

Su primer movimiento fué cerrarla. Después examinó la correspondencia, cuatro circulares que tiró al fuego sin abrir. Enseguida, consideró con mirada escrutadora la fila de frascos en que guardaba sus muestras. Eran ojos extraños: de un azul claro, hundidos bajo unas cejas espesas en una cara saludable. Los ojos de un hombre que observa con penetración silenciosa y piensa más de lo que habla.

(Continuará en el próximo número).

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.